



actas

del consejo superior

año LXI - octubre-diciembre 1980

N.º 298

órgano oficial
de animación
y de comunicación
para la
congregación salesiana

**Direzione Generale
Opere Don Bosco
Roma**



actas

del consejo superior
de la sociedad salesiana
de san Juan Bosco

ORGANO OFICIAL DE ANIMACION Y COMUNICACION PARA LA CONGREGACION SALESIANA

N.º 298

**año LXI
octubre-diciembre 1980**

Página

1. CARTA DEL RECTOR MAYOR	Don Egidio Viganó El elemento laical de la comunidad salesiana	3
2. ORIENTACIONES Y DIRECTRICES	Don Juan E. Vecchi Centros de Formación Profesional	53
4. ACTIVIDADES DEL CONSEJO	4.1. Crónica del Rector Mayor 4.2. Sesión plenaria (junio-julio de 1980) 4.3. Pastoral Juvenil 4.4. Familia Salesiana 4.5. Misiones	62 62 63 64 65
5. DOCUMENTOS Y NOTICIAS	5.1. Salesianos Coadjutores: datos estadísticos 5.2. Nombramientos 5.3. Transferencia de Malta 5.4. Solidaridad fraterna (33) 5.5. Hermanos difuntos	67 69 70 70 73

Central Catequística Salesiana - Madrid.
Imprime: Escuela Gráfica Salesiana - Madrid - Atocha.

1. CARTA DEL RECTOR MAYOR

Don Egidio Viganó

«El elemento laical de la comunidad salesiana»

«EL ELEMENTO LAICAL DE LA COMUNIDAD SALESIANA».—Introducción.—1. *El original rostro de nuestra Sociedad.*—2. *La figura del salesiano coadjutor:* descripción de sus variadas prestaciones; su nota cualificante.—3. *Delicado y cuidadoso esfuerzo de identificación:* el coadjutor es un «religioso»; no es un «secular seglar consagrado»; es plenamente «salesiano»; ha escogido la «dimensión laical».—4. *En qué consiste la «dimensión laical»:* «laicidad» a nivel de creación; «laicidad» a nivel de misión de la Iglesia; «laicidad» como dimensión realizable en la vida religiosa.—5. *El verdadero distintivo del salesiano coadjutor:* sentido de pertenencia comunitaria; conciencia de una «apertura secular» de la Congregación.—6. *Situación problemática:* algunos datos estadísticos; una sugerencia de perspectiva; confianza en la acción del Espíritu Santo.—7. *La labor más urgente hoy.*—8. *El cometido estratégico de la formación:* unidad de la formación; formación específica; formación permanente.—9. *La valiosa palabra de dos rectores mayores.*—Conclusión.

Queridos hermanos:

Hace tiempo que deseo charlar con vosotros sobre un tema vital: el del «salesiano coadjutor». Es un asunto que hoy precisa una reflexión atenta y un cuidado particular en todas las inspectorías, en cada casa, y en la mentalidad y corazón de cada hermano.

Los dos últimos Capítulos Generales lo examinaron con un cuidado especial, y su misma realidad nos interpela con urgencia a todos. No se trata sólo del hermano coadjutor; sino de cada uno de nosotros, de todos juntos, de la comunidad, de una dimensión de nuestra Sociedad; no basta decir «él», hay que decir «nosotros». Tocamos un tema capital para la Congregación, pues entra en su misma trabazón, forma parte viva de su identidad y es un componente dinámico y cualificante de su misión.

Conocemos el pensamiento creador de Don Bosco en este campo. Mientras aún vivía él, se habló de este tema en los cuatro primeros Capítulos Generales. Posteriormente se ha hecho en casi todos los demás.

Los Rectores Mayores lo han tratado en diversas circunstancias con visión congregacional, persuadidos de que presentaban una originalidad comunitaria que nos es peculiar. Don Pablo Albera, al final de su vida, tenía preparados unos apuntes para una circular sobre «Don Bosco, modelo de los coadjutores», paralela a su famosa carta de 1921 sobre «Don Bosco, modelo del sacerdote salesiano». Don Felipe Rinaldi, el año 1927, escribió una carta verdaderamente fundamental sobre «El Coadjutor Salesiano en el pensamiento de Don Bosco» (ACS núm. 40, 572-580), y que merece aún —yo incluso diría: sobre todo hoy— ser releída y meditada, porque revela los horizontes del pensamiento de Don Bosco.

Los profundos cambios sociales y eclesiales han hecho que los dos últimos Capítulos Generales hayan vuelto sobre este asunto con un interés particular. De un modo más sistemático, el CG 21 en el documento segundo —sobre *El salesiano coadjutor, una vocación de «religioso laico» al servicio de la misión salesiana* (CG 21 núms. 166-211)—, y en el documento tercero —*La formación para la vida salesiana* (CG 21 núms. 299-306)—. Yo ahora desearía comentar aquí sus aspectos más renovadores, recordar seriamente varias orientaciones iluminadoras e indicar algunas necesidades operativas.

1. El rostro original de nuestra Sociedad

Don Felipe Rinaldi dejó escrito: «*El coadjutor salesiano es una genial creación del gran corazón de*

Don Bosco, inspirado por María Auxiliadora» (ACS núm. 40, 574). Insistió en la «genial modernidad» de esa figura de socio y expuso los motivos. «*El coadjutor salesiano —afirma con claridad— no es el segundo, ni el ayudante, ni el brazo derecho de los sacerdotes, sus hermanos de religión, sino un igual a ellos que los puede preceder y superar en la perfección, como ampliamente nos demuestra la experiencia de cada día»* (l. c., 574).

Si no desgajamos de su contexto afirmación tan nítida, sentiremos la necesidad de comprender cómo esa «genialidad creadora» de que habla don Felipe Rinaldi se refleja realmente en el mismo ser de toda la Congregación. Y ello nos ayudará a encuadrar la figura de cada socio dentro de la comunidad salesiana.

Pasado el Concilio, la «comunidad» ha sido objeto de una profundización especial; lo cual influye no superficialmente en la característica de sus miembros. Nuestra Sociedad, nos dicen las Constituciones, «*se compone de clérigos y laicos»* (Const. 3); y añaden que «*vivir y trabajar todos unidos es para nosotros, salesianos, una exigencia fundamental y un camino seguro para realizar nuestra vocación»* (Const. 50); nuestra misma «*misión está confiada, en primer lugar, a la comunidad, inspeccional y local. Sus miembros tienen funciones complementarias, todas ellas importantes»* (Const. 34).

De estas indicaciones constitucionales brota una constatación que debe llegar a *la interioridad y a la mentalidad de cada socio*. El salesiano debe sentir esculpida en su corazón de «miembro de la comunidad» una relación congénita de referencia de sí mismo a una complementariedad objetiva con otras figuras de hermanos tipológicamente diferentes en su característica de salesianos. El salesiano sacerdote o clérigo (y diácono permanente,

que precisaría una reflexión aparte), por la fuerza comunal de su misma salesianidad, debe sentirse espontáneamente referido al coadjutor; y el salesiano coadjutor debe experimentar otro tanto hacia su hermano sacerdote o clérigo.

Nuestra vocación, radicalmente comunitaria, exige una comunión efectiva no sólo de fraternidad entre las personas, sino también —y de un modo altamente significativo— una mutua referencia de sus dos elementos componentes fundamentales: el «sacerdotal» y el «laical». Cada hermano —sacerdote, clérigo o coadjutor— vive su vocación sacerdotal o laical en estrecha relación de integración con la otra, y no a solas y por sí, como si fuera una característica independiente o incluso hasta indiferente.

Ambas dimensiones fundamentales de opción exigen una recíproca relación vital entre las diferentes personas que las viven. Estas personas se desarrollan en una simbiosis comunitaria, según una dosificación armónica que trata de conjuntar desde dentro una con otra en el proyecto de «genial modernidad» y de la misión común que constituyen la «índole propia» de nuestra Congregación religiosa (cfr. CG 21, 194). Efectivamente, Don Bosco quiso que la Sociedad de San Francisco de Sales fuera una *«reunión de sacerdotes, clérigos y laicos, especialmente artesanos, que desean estar juntos para hacerse el bien entre sí y hacerlo a los demás... Observad también —sigue Don Bosco— que entre los socios de la Congregación no existe ninguna distinción; todos reciben el mismo trato, sean artesanos, clérigos o sacerdotes; nosotros nos consideramos todos como hermanos»* (MB 12, 151 y 152).

Nuestro Fundador, pues, al estructurar la Congregación determinó que estuviera formada por «eclesiásticos» y «laicos». No sólo por «eclesiásti-

cos»; sino «eclesiásticos y laicos», en una comunión única de vida y apostolado.

El CG 21 esclareció la importancia e influencia del elemento componente «coadjutor salesiano» en la praxis pedagógico-pastoral del «Sistema Preventivo». Precisó y profundizó la mutua complementariedad de la doble opción «sacerdotal» y «laical»; calibró una delicada dosificación de recíproca permeabilidad en el ser orgánico de una comunidad religiosa «pastoral», servida y animada por un guía fortalecido con los carismas de la ordenación sacerdotal (CG 21, 196-235; y todo el planteamiento del delicado problema: núms. 212-239); pero dejó abierta una riqueza de profundización y búsqueda, una problemática de purificar la mentalidad, y una perspectiva de replanteamiento valiente en consonancia con la acusada evolución cultural y con la renovación eclesial en que nos encontramos intensamente inmersos.

En particular, el Capítulo nos llamó a crear un tipo de comunidad que en su mismo ser constitutivo posibilite *«evangelizar educando y educar evangelizando»*, en que tanto insistió. La íntima correlación entre sacerdotes, clérigos y coadjutores —nos recuerda el Capítulo— *«no significa subordinación o contraposición, ni pérdida o fusión de las características propias. Al contrario, es algo que caracteriza a las personas y a la comunidad salesiana apostólica»* (CG 21, 194).

Las diferencias en la figura y papel de los socios no tienen que considerarse «limitaciones» o «grados», sino *fuentes de una riqueza común*; no ausencia de algo, sino un potencial que integra los valores de los otros (cfr. CG 21, 179); aportación armónica a un tipo de comunidad religioso-apostólica original.

La pérdida y el desequilibrio de esa diferencia-

ción orgánica daña gravemente la identidad de la Congregación en su ser comunitario, y, por tanto, en su estilo de apostolado. La crisis que estamos atravesando hace mella tanto en nuestra condición laical como en la sacerdotal y, sobre todo, en la armónica dosificación de su recíproca permeabilidad. Sin embargo, la dimensión sacerdotal, con su larga tradición eclesial, ha tenido, en este nuestro primer siglo de vida, cierta preponderancia y ha avanzado más —aunque hoy necesite una profunda revisión doctrinal y mayor fidelidad a su naturaleza genuina—; en cambio, la dimensión laical que Don Bosco quería «nueva» en su género —«genial creación», según don Pablo Albera y don Felipe Rinaldi—, al faltarle una tradición doctrinal más rica, ha tenido un desarrollo más bien limitado, a pesar de las luminosas indicaciones de superiores y estudiosos. Esta diferencia, poco a poco, ha ido rompiendo el equilibrio de la característica índole de nuestra Sociedad. Esto nos debe hacer reflexionar explícita y seriamente sobre el asunto, para esforzarnos en poner todos los remedios posibles.

El Vaticano II y los últimos Capítulos Generales ofrecen una nueva luz para profundizar y desarrollar cuanto ya está en el germen inicial.

2. La figura del salesiano coadjutor

El coadjutor en la Congregación, lo mismo que el laico en la Iglesia, tiene una variada posibilidad de funciones (cfr. CG 21, 166): eso podría también inducir a error en cuanto a la esencia de su vocación y, por tanto, del elemento laical de nuestras comunidades.

Descripción de sus variadas prestaciones

En principio, y para nuestros primeros cien

años de vida, se podrían calificar las diversas actividades desarrolladas por coadjutores según el esquema siguiente:

1. *Coadjutores para funciones educativo-socio-pastoral-formativas*, es decir, dedicados a actividades culturales y escolares, sobre todo en escuelas técnico-profesionales, a iniciativas asociacionistas, círculos apostólicos, grupos deportivos, musicales y dramáticos; a servicios de animación del tiempo libre; a los medios de comunicación social; al adiestramiento para el mundo del trabajo; a la formación social; etc.

2. *Coadjutores para las actividades auxiliares*, es decir, afectos a trabajos de despacho, ecónomos, contables, recaderos, secretarios, representantes de sectores, enfermeros, sacristanes, responsables del personal empleado, etc.

3. *Coadjutores para los servicios domésticos*, es decir, colaboradores generosos en casa, dispuestos a cualquier trabajo para el que se sientan suficientemente capacitados. Por ejemplo, cuidado del orden y limpieza, variados trabajos en el campo, en la cocina, en la panadería, en la ordenación material de las obras, en la portería, a menudo inapreciables «factótum», etc.

Aunque muy sumario e incompleto, el esquema anterior evidencia claramente que se trata de actividades y servicios muy dispares, que exigen aptitudes y preparación diversas; lo que supone también proyecciones muy diferentes en la programación de la formación que debe recibir el salesiano coadjutor.

Sin embargo, la materialidad de dichas actividades y servicios, de hecho también la desarrollan (y no necesariamente de forma abusiva) sacerdotes y clérigos, al menos por necesidad y como expre-

sión de colaboración fraterna y convivencia práctica. Es incluso deseable, y debería promocionarse, que ciertos servicios domésticos diarios y de ocupación pasajera se asuman, con sencillez de colaboración, por todos los componentes de la comunidad.

Pero, dado que estamos refiriéndonos a los variados tipos de prestaciones de los coadjutores, el esquema indicado nos vale para ver su pluriforme dedicación —digamos «plena»— a un tipo de actividad o servicio que constituye una especie de su profesionalidad.

Su nota cualificante

Ahora bien, antes de proyectar esta diversidad de servicios en una razonable pluriformidad de pastoral vocacional y formación, es preciso intentar comprender lo que, subyaciendo a las diversas actividades, constituye el valor fundamental común, el elemento característico y la fisonomía esencial del coadjutor que lo diferencia del sacerdote o clérigo.

Pues en la raíz de la diferencia no se encuentra una negación ni una carencia de cualificación eclesial, sino una opción diversa: el coadjutor ha optado por un ideal cristiano positivo, no definido por el sacramento del Orden, sino constituido por un conjunto de valores que forman por sí un verdadero objetivo vocacional de alta calidad. El art. 37 de las Constituciones renovadas destaca la identidad de dicha opción, que es en sí misma «concreta» (con fisonomía propia), «completa» (sin carencias), «original» (fruto de la genialidad del Fundador) y «significativa» (de extraordinaria actualidad) (cfr. CG 21, 173).

Pero, ¿cuál es el objeto esencial y distintivo de la

opción vocacional del salesiano coadjutor? El CG 21 nos habla de su opción explícita por la «laicidad»: «*La dimensión laical es la forma concreta con que el salesiano coadjutor vive y obra como relegioso salesiano. Esta es su característica específica, un valor relevante y esencial de su identidad. La laicidad, por tanto, no se ha de entender como algo negativo: no se reduce a un servicio o a una simple función; sino que es el conjunto de valores que caracterizan al cristiano laico, cualificado por la consagración religiosa salesiana*» (CG 21, 178).

3. Delicado y cuidadoso esfuerzo de identificación

Esta respuesta, es decir, que el coadjutor ha optado explícitamente por un tipo de laicidad, a simple vista parece clara; sin embargo, debemos precisarla con serenidad y diligencia.

Por desgracia, nos movemos aquí, en un terreno apenas abierto a una fecunda búsqueda. La misma terminología usual no es nítida, pues, por lo menos, es ambivalente y no precisada todavía ni en el lenguaje profano ni en el eclesiástico. Sin embargo, nos es absolutamente necesario comprender bien lo que quiso afirmar el CG 21 al asegurar que «*la dimensión laical es la forma concreta con que el salesiano coadjutor vive y obra como religioso salesiano*». Si no captamos la verdad contenida en esa declaración, ¿cómo podremos fundamentar y desarrollar el significado de nuestra identidad comunitaria y toda una programación renovada para relanzar esta vocación tan original?

Hay en ella algunos aspectos claros (cfr. CG 21, 172-180); pero otros precisan un esclarecimiento. Pidamos al Espíritu del Señor un poco

de luz para calar mejor el elemento componente laical de nuestra comunidad, centrando nuestra atención en la identidad del salesiano coadjutor. Aquí nos contentaremos con ofrecer sólo alguna reflexión sobre el texto capitular. Sirva ella de presupuesto indispensable para el trabajo vocacional y formativo que debemos emprender.

El coadjutor es un «religioso»

Ante todo, está claro que el salesiano coadjutor es un verdadero «religioso», y no un «laico» en el sentido descrito por la constitución dogmática «Lumen Gentium» (cfr. LG 31). Quiere decir que el salesiano coadjutor no tiene como distintivo en la Iglesia la «índole secular», señalada por el Concilio como característica de existencia en el mundo para quien se ocupa de las cosas temporales en la familia, el trabajo, la cultura y la política según Dios.

A él —al coadjutor— le corresponde como cosa propia la forma de vida religiosa. Por consiguiente, tiene en la Iglesia una vocación por la que *«proporciona un preclaro e inestimable testimonio de que el mundo no puede ser transformado ni ofrecido a Dios sin el espíritu de las bienaventuranzas»* (LG 31). Su compromiso eclesial, como el de sus otros hermanos, es el de *«trabajar según las fuerzas y según la forma de la propia vocación, sea con la oración, sea también con el ministerio apostólico, para que el Reino de Cristo se asiente y consolide en las almas y para dilatarlo por todo el mundo»* (LG 44).

No es un «seglar consagrado»

En segundo lugar está igualmente claro, por la misma razón, que el relanzamiento del coadjutor

no puede apoyarse en la secularidad consagrada; eso es lo propio de los laicos miembros de un instituto secular (cfr. mi carta a las VDB en ACS núm. 295). Así, pues, ciertos estilos de inserción apostólica individual, ciertas interpretaciones de la obediencia y de la pobreza y ciertos compromisos temporales fuera de la misión específica de la Congregación no corresponden a la autenticidad de su profesión religiosa.

Para el salesiano coadjutor sigue siendo fundamental e indispensable la dimensión comunitaria, tan explícitamente querida por Don Bosco y tan firmemente asentada en las Constituciones. La «*conciencia de miembro*», el sentido de «*complementariedad*», la participación en la misión juvenil y popular, la disponibilidad para la obediencia, la «*comunidad de bienes*» y la dependencia del superior para su uso, la castidad como fundamento de comunión fraterna, la cotidiana adhesión a la comunidad orante, etc., son un patrimonio espiritual suyo que le es específico, un patrimonio que tiene en común con todos sus hermanos, con quienes comparte en igualdad derechos y obligaciones. «*Los coadjutores —escribe don Felipe Rinaldi— son auténticos salesianos, obligados a la misma perfección, y a desplegar, cada uno en su propia profesión, arte u oficio, el mismo apostolado educativo que forma la esencia de la Sociedad Salesiana*» (ACS núm. 40, 574).

Es plenamente «salesiano»

En tercer lugar, está también muy claro que, por ser «religioso salesiano» de pleno derecho, el coadjutor es portador de todo el espíritu y misión de la Sociedad de San Francisco de Sales.

Ahora bien, la nuestra es una congregación de vida activa inserta de un modo especial en la histo-

ría; consiguientemente, se interesa por determinados valores temporales y espacios profanos. Su misión es evidentemente religiosa, evangelizadora; pero vinculada necesariamente a la extensa área cultural humana, especialmente en el campo de la educación, con influjo en lo social y en lo político, aunque su actividad sea de naturaleza muy distinta. Pues comporta, en efecto, una profunda penetración entre Evangelio y cultura, entre sagrado y profano, entre Iglesia y mundo, entre espíritu de las bienaventuranzas y promoción humana; se esfuerza por vivir una santidad de impacto que arrastre a la juventud e influya en la construcción de una sociedad nueva.

La colaboración para renovar la Ciudad Humana, aunque se haga con una misión religiosa específica, implica conocer y cultivar la densidad característica de muchos valores profanos. La nueva cultura que está despuntando supone el descubrimiento de lo profano, en cuyo centro se halla la civilización del trabajo, donde el ciudadano se dedica a humanizar la naturaleza y las fuerzas del cosmos.

Como consecuencia de una misión evangelizadora tan inserta en el devenir histórico, se precisará en la comunidad —que es el sujeto portador de dicha misión— una multiplicidad de papeles y de acercamientos a la realidad; lo cual implica no sólo funciones diversas y complementarias, sino también actitudes diferentes y recíprocamente permeables.

Por este motivo encontramos en la unidad vocacional de la Congregación las dos dimensiones fundamentales: la de tipo «sacerdotal» y la de tipo «laical». No se trata simplemente de este o aquel socio que aisladamente y casi de un modo arbitrario tenga un gusto personal más o menos ministe-

rial o profano; se trata de la comunidad salesiana en su vitalidad orgánica, es decir, *de la Congregación en cuanto tal*, que tiene como componente esencial de su fisonomía un peculiar y simultáneo sentido de la consagración del Orden y de la situación laical, fundido en una original síntesis de vida común.

Así pues, todos los miembros de la comunidad salesiana deben sentir y vivir como propia tanto cierta sensibilidad «laical» como una específica sensibilidad «sacerdotal», objeto de comunión fraterna y de corresponsabilidad, aunque cada uno realice la síntesis con actitudes y papeles diferentes: evitando por un lado las tentaciones de laicismo y de secularismo, y por otro las de clericalismo o de cierto populismo eclesiológico.

Evidentemente, el coadjutor tiene una actitud y unos papeles más propios de la dimensión laical, mientras que el sacerdote y el clérigo los tienen a favor de la sacerdotal; pero ambos se sienten íntima e indisolublemente relacionados entre sí, de modo que esta recíproca y armónica compenetración es parte de su peculiar y común espiritualidad salesiana. Por eso decía al principio que todo hermano debe sentir esculpida, en su corazón de «miembro» de la comunidad, una vinculación congénita: si es sacerdote o clérigo, con el coadjutor; y si es coadjutor, con el sacerdote o clérigo.

Es una pena que acá y allá quien nos observa hable erróneamente de «Padres Salesianos», como si la comunidad o la inspección estuviera reservada únicamente a sacerdotes o caracterizada únicamente por ellos. Incluso a veces entre nosotros mismos y por diversos motivos se formulan proyectos de trabajo apostólico que marginan en su misma programación el papel del coadjutor, con lo

que se provoca, de hecho, un peligroso desequilibrio vocacional.

El peligro está en que la comunidad puede caer en dos desviaciones de sentido opuesto, pero con una misma raíz «clericalista» —más que clerical—: la reducción del proyecto apostólico salesiano a la sola actividad cultural y catequística; o bien una especie de monopolio secularista por parte de los sacerdotes, que encubren su dimensión sacerdotal e invaden el ámbito propio de los coadjutores y de los laicos, con lo que peligrosamente vacían la indispensable genuinidad de su ministerio.

Los miembros de una comunidad salesiana deberían saber pensar y escudriñar continuamente la aportación específica y esencial del salesiano coadjutor, aun cuando no se hallara presente ninguno (las soluciones de suplencia, sin embargo, deberían ser transitorias). Sólo así se apreciará en su justa medida su esencialidad constitutiva, y sólo así se trabajará con seriedad en remediar su eventual y pernicioso vacío.

Por desgracia, a veces da la impresión de que no todos, en la Congregación, se percatan de ello. En una reciente encuesta realizada por el Dicasterio para la formación en las inspectorías, se preguntaba: «*A la luz de la salesianidad, ¿cómo se siente en la inspectoría la falta del salesiano coadjutor?*» Ha habido quien ha respondido: «*¡Nos estamos acostumbrando a ello!*»... Si frente a esta dolorosa realidad se adopta una actitud de resignación semejante, pienso con pena que se comienza a perder un aspecto que cualifica la naturaleza misma de la Congregación.

Ha escogido la «dimensión laical»

Hay un cuarto aspecto suficientemente claro, al menos como afirmación de la característica distin-

tiva del coadjutor: el hecho de que la «dimensión laical» es, en la Congregación, «*la forma concreta con que el salesiano coadjutor vive y obra como religioso salesiano*» (CG 21, 178).

Aquí, más que describir los variados papeles del salesiano coadjutor, queríamos saber penetrar la actitud interior que en la base de esta característica vocacional por la que el corazón salesiano del coadjutor (y por tanto la pastoral vocacional y la formación pertinentes) se distingue del corazón salesiano del sacerdote y del clérigo por unos valores positivos peculiares. ¡Una diferencia que es riqueza para la comunión! Precisamente por esa consciente diversidad suya el coadjutor resulta, en la comunidad, un elemento indispensable de identidad comunitaria, y aporta una «genial modernidad» al ser y obrar salesiano.

Pero aquí surgen interrogantes no fáciles, aunque seductores. El problema fundamental no está en la materialidad práctica de las actividades del coadjutor, sino en el «porqué» radical de la psicología que lo anima. ¡Para entender la «dimensión laical», no debemos poner en primer plano *qué quiere o puede «hacer» el coadjutor, sino cómo debe «ser en el hacer»!* Es decir, cuál es la nota interior que caracteriza su «opción de vida», su «modo de ser» en su pensar, dar testimonio, actuar e influir sobre el estilo religioso de toda la comunidad salesiana.

Naturalmente, esta condición suya supondrá también, como consecuencia, prioridades y diferencias en sus actividades y responsabilidades concretas; habrá en la misión comunitaria cosas necesarias y oportunas que aparecerán como propias del salesiano coadjutor, no de un modo estereotipado según un esquema fijo, sino según las variadas y mudables necesidades culturales o coyunturales. Don Bosco dijo con agudo y amplio realismo:

«¡Hay cosas que los sacerdotes y clérigos no pueden hacer; las haréis vosotros!» (MB 16, 313).

La «dimensión laical» no comporta, pues, un aspecto «negativo» (no ser sacerdote) ni una actitud «pasiva» (esperar indicaciones para colaborar), como si fuera un instrumento en manos de otros; sino que requiere, en el coadjutor, un «dinamismo positivo», propio de un socio activo y corresponsable que participa también en la inventiva y en la programación apostólica. En efecto, encarna un aspecto esencial de la misma vocación salesiana.

Por eso, y muy oportunamente, el último Capítulo General quiso precisar algunos rasgos concretos, distintivos y atrayentes de la vida espiritual del salesiano coadjutor (cfr. CG 21, 186-191); y lo hizo porque dentro de su identidad debe existir un alma viva, es decir, una espiritualidad que lo nutra, desarrolle, infunda dinamismo y lo haga portador de entusiasmo y de riquezas evangélicas para los demás.

Pero, ¿cuáles son los contenidos y los horizontes de su dimensión laical? Esta pregunta nos resulta ya ineludible, e intentar darle una respuesta significa, en último término, profundizar la identidad misma de nuestra Congregación.

Probablemente, la poca claridad y el escaso conocimiento del concepto de «laicidad» es lo que motiva la incompreensión de la idea de nuestro Padre y Fundador, tanto sobre el «coadjutor» como sobre el «cooperador» y toda la «Familia Salesiana». Pero limitémonos ahora al ámbito del elemento laical de la comunidad religiosa de los Salesianos de Don Bosco.

4. En qué consiste esa «dimensión laical»

La profesión religiosa salesiana señala al coadjutor un ideal característico, vivido con una intensa

y original carga espiritual, especificada precisamente por su «dimensión laical». La llamada «laicidad», a que se refiere la opción vocacional del coadjutor, presenta, sin embargo, una muy amplia gama de significados diversos: unos precisos, otros vagos, y otros desviados; se perdería uno si quisiera catalogarlos y explicarlos ¹. Sin embargo, hay en ellos un núcleo común, como fundamento de los valores que estamos buscando.

Limitémonos ahora a algunas puntualizaciones más seguras en la actual reflexión del pensamiento cristiano. Indicamos brevemente tres grandes niveles de significación de la «laicidad» que nos interesan.

«Laicidad» a nivel de creación

Ante todo hay un nivel de «laicidad» que destaca la condición universal de los valores de la creación. Es, en cierto modo, externa a la Iglesia; alcanza a toda la realidad de la naturaleza en su verdad fundamental. Se refiere a las realidades creadas en cuanto todas tienen una bondad propia congénita (cfr. Gen 1, 25.31, y también, AA 7).

Esta laicidad está en la base de todo conocimiento, de toda ciencia y técnica. Es importante advertir que las cosas creadas no son eternas y que no han aparecido por una necesidad determinista, sino que han sido objeto de la libertad de Dios que sabía «lo» que quería y «por qué» lo quería; son, pues, el comienzo primero de un diálogo de Dios con el hombre, anterior a toda palabra humana, a toda interpretación e incluso a toda religión.

No será inútil observar en seguida que la conciencia de este nivel de laicidad puede ser fuente de una actitud espiritual y de un diálogo universal, tan importante hoy en un mundo, que se apasiona

1. Ver final de la carta.

por la ciencia y la técnica, pero que padece un grave desconocimiento del sentido de la creación y una incapacidad de referencia a la unidad del cosmos y a su significado para el hombre. En cambio, *una mentalidad sanamente laical*, a este nivel, evita dejarse arrastrar por cualquier adoctrinamiento ideológico, y se complace en verificar humilde y sacrificadamente la objetividad en el realismo complejo de las cosas.

También la fe cristiana encuentra aquí un medio inflexible para esclarecerse a sí misma y evitar o corregir eventuales superestructuras mitológicas e irracionales. El actual proceso de secularización, en lo que tiene de positivo, puede considerarse una justa maduración de la razón y de la fe respecto a la verdad creatural. Dios y las cosas no son dos universos antagonistas que se reparten entre sí el ámbito de lo «sacro» y de lo «profano»; entre Dios y las cosas hay unidad, en el sentido de que la naturaleza es lo que es y existe precisamente en cuanto el Creador la quiere.

Por tanto, una mentalidad laical mira lo profano no sólo con simpatía, sino incluso con un sentido espiritual, y reconoce su bondad innata. La tentación de separar Dios y las cosas es tan perniciosa en la actitud «laicista», que considera la naturaleza como una realidad desarraigada de Dios, como en la actitud «clericalista» (sea cual sea su credo religioso), que manipula los valores temporales según un criterio falsamente religioso. La fe cristiana nos asegura que Cristo no representa una alternativa del cosmos, sino su plenitud; pues Él *«es antes que todo y el universo tiene en Él su consistencia... y por su medio (Dios quiso) reconciliar consigo el universo, lo terrestre y lo celeste»* (Col 1, 17.20).

Es una miopía materialista y mitología banal, desgraciadamente arrolladora, la que enseña que,

para liberar al hombre y convertirlo en Prometeo del universo, es necesario eliminar a Dios: ésta no es mentalidad laical, sino la degeneración de un laicismo ateo. En cambio, el conocimiento de la realidad objetiva de las cosas es un presupuesto básico en todo tipo de laicidad.

Podríamos decir que, en este nivel, una «*mentalidad laical*» se interesa por la realidad objetiva de las cosas; se dedica a ellas con constancia, aun cuando sea compleja y exija estudio, paciencia, ciencia, técnica y experimentación; cultiva una atenta consideración y respeto por las constantes de lo real, un alto sentido de la profesionalidad, la conciencia de que toda ocupación es importante y frecuentemente no fácil, un realismo de acercamiento a la existencia, una seriedad de programación, el instinto de la colaboración y un aprecio no común de la organización. Sí, ¡el universo enseña!

No es fácil encontrar todas esas cualidades en quien cree que puede prescindir de los valores laicales. Para hacer volar un avión no basta la intuición, ni la poesía, ni la buena voluntad, ni la oración. Como acertadamente escribe Gilson: «*Se dice que la fe construyó las catedrales medievales; verdad; pero la fe no habría construido nada sin arquitectos... Nosotros los católicos, que profesamos el valor eminente de la naturaleza, porque es obra de Dios, debemos demostrar nuestro respeto por ella poniendo como primera regla de nuestra acción, que la devoción no dispensa nunca de la técnica*»².

2. Ver final de la carta.

«Laicidad» a nivel de misión de la Iglesia

Hay, en segundo lugar, otro nivel de «laicidad», el propio y específico *de la Iglesia en la historia*. Se refiere a aquellos discípulos de Cristo, llamados eclesiásticamente «laicos», que «*tratan de*

obtener el Reino de Dios gestionando los asuntos temporales y ordenándolos según Dios. Viven en el siglo, es decir, en todos y cada uno de los deberes y ocupaciones del mundo, y en las condiciones ordinarias de la vida familiar y social, con las que su existencia está como entretejida» (LG 31).

Esta laicidad mira el mundo no tanto como creación, sino como realidad de los hombres, en cuanto «teatro de la historia humana, con sus afanes, fracasos y victorias..., el mundo esclavizado bajo la servidumbre del pecado, pero liberado por Cristo» (GS 2).

El cristianismo «laico» vive como miembro de una Iglesia que es servidora del hombre y sacramento universal de salvación: es una misión que comporta también «*impregnar y perfeccionar todo el orden temporal con el espíritu evangélico*» (AA 5). El «laico» se siente encargado, precisamente, de ese papel específico, para vivir su bautismo a través de la característica de la «secularidad» (LG 31). Por ello se dedica, con sentido vocacional, a las más variadas realidades temporales: familia, demografía, salud, educación y cultural, trabajo y profesiones, ciencia, industria, economía, justicia, política, relaciones entre los pueblos, paz, etc.

Los sectores humanos que deben ser impregnados y perfeccionados con el espíritu del Evangelio, son muchos y complejos; suponen múltiples funciones y profesiones, estilos diferentes de entrega, individual y asociadamente y según diversos estados de vida, que van del matrimonio a la secularidad consagrada. Se da así, en la Iglesia, un variadísimo y benéfico pluralismo entre los laicos, pero se converge en el «carácter secular» idéntico.

Sin embargo, el laico constata fuertemente y a diario que en la historia está estrictamente presente *el misterio del mal* con los inextinguibles ído-

los del eros, de la riqueza y del poder; siente el peso de los límites humanos, de la ignorancia y del pecado, que impiden al hombre percibir y respetar la laicidad fundamental de la creación, llegar a la transcendencia y abrir las puertas a Cristo. Comprende claramente que el mal no está en las cosas, sino en el corazón del hombre y en ciertas estructuras montadas por él: es la libertad humana quien manipula desordenadamente los valores temporales.

El laico se siente, pues, llamado a una lucha permanente y feroz; comprende —desde dentro de la Iglesia— lo indispensable que es Cristo y la necesidad de la Iglesia; y goza al sentirse parte complementaria de un Cuerpo Místico más vasto y divinamente eficaz. Mira al Orden Sacerdotal y a la vida religiosa como a elementos esenciales de su ser cristiano y fuentes indispensables de inspiración, energía y espiritualidad; ve en toda la Comunidad Eclesial la fecunda matriz de la salvación.

En este segundo nivel de laicidad, más que una mentalidad laical (que ya es presupuesto del nivel precedente), se debe hablar de una «*vocación laical*». Se trata, efectivamente, de vivir una participación en la misión de la Iglesia. Con esa vocación el laico carga de sentido evangélico el compromiso temporal; siente que no puede ser auténtico laico sin la ayuda de la gracia, que no puede ejercer una profesión u oficio con pureza sin superar la tentación de someter al interés propio los valores objetivos. ¡Se convence por experiencia de que no puede ser hombre íntegro sin Cristo, Señor de la historia!

La vocación laical lleva a una voluntad de presencia útil en la historia; a optar valientemente por el hombre y a sentirse solidario con su trágico devenir; a considerar el mundo como el espacio teológico, y no simplemente sociológico, de su

vida de fe; a adquirir una verdadera pericia en alguna de las actividades temporales; a tener conciencia de la extrema complejidad de no pocas de ellas; a desarrollar el sentido de lo posible y de lo probable en las coyunturas socioculturales y políticas. Consecuentemente, no asume un tono dogmático, no sacraliza lo que es discutible, respeta el pluralismo, y entabla diálogo con todos respecto a la laicidad fundamental de las cosas y al misterio de Cristo.

La vocación laical forma en una psicología nutrida de realismo y concreción; se basa en la convicción de que la actividad apostólica es una obra seria, de entrega, estudio programación, sacrificio, humildad, oración y valor.

El laico no desconoce ni rehúye las complicaciones anejas a la organización, a las estructuras y a las instituciones; al contrario, se maravilla de que en ciertos sectores del clero y de los religiosos pueda haber una concepción del compromiso cristiano tan abstracto y superficial, que lo hacen como desencarnado y lo confinan al ámbito del espiritualismo, acaso atractivo, pero lejos de las exigencias de la realidad.

Fundándose en su cualificación bautismal de miembro sacerdotal, profético y real del Pueblo de Dios (LG 34-36), se dedica a hacer del Mundo el verdadero Templo del Señor; y de la pluriforme actividad humana, una expresión consciente y vital de liturgia incorporable existencialmente a la Eucaristía de Cristo. De modo que, en definitiva, el universo creado se haga, a través de la historia de la salvación, la gran Palabra del diálogo de amor entre Dios y el Hombre, y el Mundo se presente como mediación sacramental de su recíproca intercomunidad.

Con una vocación así, el laico excava en lo

profano una rica mina de santidad, inspirándose incluso en espiritualidades iniciadas por santos fundadores de movimientos evangélicos peculiares. Nosotros damos gracias al Espíritu del Señor porque suscitó, en los albores de la civilización industrial, a Don Bosco, cuya espiritualidad de acción apostólica está abierta a todos, y puede ser vivida tanto en la vocación laical como en el ministerio sacerdotal y en la vida religiosa.

«Laicidad» como dimensión realizable en la vida religiosa

Hay, finalmente, un tercer nivel de «laicidad» en el ámbito de la Iglesia, *con un significado más restringido*, como una dimensión realizable también en la vocación religiosa: no presenta el carácter de la «secularidad», sino que se sitúa en la tipología eclesial propia de la «forma de vida religiosa». No comporta una inserción inmediata en el mundo con una actividad temporal dentro de él, sino que implica una pertenencia directa y pública a una comunidad de religiosos consagrados a testimoniar el espíritu de las bienaventuranzas; está alimentada por un «soplo escatológico», que pone en evidencia los valores de la resurrección como ya presentes y operantes en la historia posterior a la victoria de la Pascua.

Los «religiosos» son grupos de discípulos de Cristo resucitado que testimonian públicamente, por reconocimiento y encargo eclesial, la primacía de la caridad derramada definitivamente en el mundo, por el Espíritu del Señor resucitado, el día de Pentecostés. Por ello *su carácter específico* es la «donación total de sí mismo a Dios amado sobre todas las cosas», y ratificada por él con una «consagración más íntima» de docilidad al Espíritu Santo (LG 44).

Este carácter específico se distingue claramente de la «secularidad», pues se traduce en una forma de vida que implica incorporación a una determinada comunidad con el vínculo de los votos públicos —que se oponen a los tres famosos ídolos del mal—, con la profesión de un Proyecto evangélico sancionado por constituciones propias, con relación de obediencia a una autoridad legítima y con una participación específica en la misión de la Iglesia según la propuesta del Fundador.

Hay que notar que, dada la estructura orgánica de la Iglesia, la Vida Religiosa, por sí, no excluye ni la condición del sacerdote o clérigo, ni la del laico, *«sino que de una y otra algunos cristianos son llamados por Dios para vivir en la Iglesia un don particular y para colaborar en la misión salvífica de ésta, cada uno según su modo»* (LG 43). Según eso, la vida religiosa no es unidimensional, y no puede ser interpretada de forma unívoca, como si en ella no hubiera muchos y diversos carismas suscitados por el Espíritu de Cristo a través de los Fundadores.

En el pluralismo de los institutos de vida activa hay verdadera posibilidad para asumir también, de diversos modos, cierta dimensión laical. Muchos Institutos de vida activa son sólo «laicales», y otros —como nuestra Congregación— tienen una específica y original dimensión «laical». No se debe interpretar ni vivir esta característica como «secularidad»; aunque conservará, según los diferentes carismas, una verdadera relación y cierta sintonía de mentalidad y actividad con los dos niveles de laicidad descritos anteriormente. La dimensión contemplativa propia de todo tipo de vida religiosa no obliga a que una Congregación de vida activa tenga «alma monástica», sino a cultivar un «impulso escatológico» en el apostolado entre los hombres.

Defender una concepción religiosa que margine a nuestra Congregación respecto al mundo y su problemática de salvación, y le aleje del área de la cultura popular y de la educación de la juventud, sería desconocer los hechos. El mismo Concilio exclama: «*¡Que nadie piense que los religiosos, por su consagración, se hacen extraños a los hombres e inútiles para la sociedad terrena!*» (LG 46).

Por su parte el gran Papa Pablo VI, en la exhortación apostólica «Evangelica Testificatio», dice expresamente a los religiosos: «*Hoy nos acucia un interrogante angustioso: ¿Cómo hacer que cale el mensaje evangélico en las masas? ¿Cómo obrar en los niveles donde se elabora una nueva cultura, donde surge un nuevo tipo de hombre? Vosotros debéis seguir, con ojos muy abiertos, las necesidades de los hombres, sus problemas, sus búsquedas, y darles testimonio, con la plegaria y con la acción, de la eficacia de la Buena Nueva de amor, justicia y paz... Esa misión, que es común a todo el Pueblo de Dios, es vuestra de un modo particular*» (ET 52).

Efectivamente, la «índole secular», que es característica de los laicos, refleja y encarna en ellos la dimensión de realismo histórico que es propia de toda la Iglesia en su misión de Sacramento Universal de salvación. Por consiguiente, también puede ser participada, de algún modo y según su propia forma de vida, por diversos carismas religiosos. Es nuestro caso. Sabemos bien que la Sociedad de los Salesianos de Don Bosco nació en los albores de la civilización industrial para colaborar «religiosamente» en la construcción de la nueva Sociedad.

En los Institutos de vida activa que tienen una dimensión laical propia, serán sobre todo los «hermanos laicos» quienes lleven a cabo el papel específico de asegurar al Instituto y den vida a esa

dimensión peculiar. Ese papel es una «vocación», y no simplemente un «oficio» útil; implica la consolidación diaria de tres aspectos complementarios e inseparables entre sí que constituyen la gran fuente de la identidad de vida del religioso-laico:

— La *consagración religiosa*, como su opción fundamental en el seguimiento de Cristo;

— el *espíritu del Fundador*, como su clima evangélico de existencia y de animación de los destinatarios del propio apostolado;

— la *opción de la dimensión laical*, como su ideal positivo de vocación percibido y querido a la luz del carisma global del propio Instituto.

En este tercer aspecto está claro que la relación con las cualidades laicales de los otros dos niveles descritos antes no puede precisarse de forma arbitraria y apriorística, sino que deberá ser objeto de una reflexión actualizada y concreta en cada uno de los Institutos interesados.

5. El verdadero distintivo del salesiano coadjutor

Para determinar los contenidos y horizontes propios de la dimensión laical del salesiano coadjutor no bastaba, como hemos visto, describir unos oficios (su «hacer»), sino que era preciso profundizar su «ser en el hacer». Hemos visto que su actitud interior comporta una consagración religiosa animada por el espíritu de Don Bosco y especificada por la opción consciente y positiva del tipo de relación con el aspecto laical que le es propio a la Sociedad de San Francisco de Sales.

Sentido de pertenencia comunitaria

Volvemos así, de algún modo, al punto de partida. Pero volvemos con un enriquecimiento de reflexión y clarificación.

Habíamos partido del significado global de la vocación salesiana, considerando la Congregación como un todo o una comunión de figuras de socios complementarios. Sólo partiendo de la característica peculiar de nuestra comunidad —sujeto de la vida y de la misión salesiana— podíamos plantear correctamente una profundización de la figura del coadjutor. Pues bien, al analizar los diversos niveles de la «laicidad» —precisamente para esclarecer mejor la figura y papel de este hermano— nos vemos obligados a reflexionar de nuevo sobre el significado global de la Congregación en cuanto tal.

Es sintomático que no se pueda explicar la figura de un salesiano sin partir de nuestra genuina comunidad y sin llegar a ella. Efectivamente, la famosa «dimensión laical» que hemos tratado de examinar, aunque un poco de prisa, nos ha remitido, en el análisis de su tercer aspecto vocacional, al ideal unitario percibido y querido a la luz del carisma global del propio Instituto religioso.

Y es natural. Más aún, a través de esta especie de recorrido circular encontramos los diversos elementos que establecen el verdadero distintivo del salesiano coadjutor. Por otro lado esa búsqueda demuestra una vez más que no es una crisis exclusiva de una categoría de socios, sino que es crisis de la tipología misma de nuestra comunidad ante el desafío de la nueva cultura.

Con razón los últimos Capítulos Generales introdujeron una significativa variación incluso en la misma terminología usada: no «coadjutor, clérigo

o sacerdote salesiano», sino «salesiano coadjutor, clérigo o sacerdote». No es un simple juego de palabras, sino un significativo fruto (capitular) de la profundización en nuestra identidad. El coadjutor en cuanto tal, es decir, precisamente por la opción que ha hecho de la dimensión laical, es un verdadero salesiano que lleva la responsabilidad (junto con los otros socios) de toda la comunidad.

Se comprende, pues, también por qué, tras la profundización de estos últimos años, el mismo término «coadjutor» —para nosotros ya familiar por su uso hitórico— plantee en cierto modo problemas. Siempre lo ha hecho un poco, incluso en tiempos de Don Bosco, quien se acomodó al uso oficial de la entonces Congregación de Obispos y Regulares³.

Acaso no se ajuste bien a la «genial» originalidad del proyecto del Fundador. El uso, en la Congregación, de los otros términos de salesiano «sacerdote», «clérigo» o «diácono» indica la naturaleza o característica eclesial de un tipo de socio, mientras que el de salesiano «coadjutor» indica por sí más bien una función y deriva de una terminología eclesiástica («Fratres coaiutores») de tiempos pasados. Incluso es posible que ciertas incomprendiones del verdadero proyecto de Don Bosco se deban al uso eclesiástico de este término. De hecho en el lenguaje común, fuera de la Congregación, ha resultado siempre un tanto hermético y poco expresivo de un ideal original e incluso, en algunos lugares, cargado de una interpretación más bien empequeñecedora y negativa.

Lástima que no haya sido fácil dar con otro término más apropiado que lo sustituyera con claridad y precisión. De todos modos, después de los últimos estudios capitulares y tras las reflexiones que hemos hecho en las páginas anteriores, se

3. Ver final de esta carta.

comprende por qué la denominación de *salesiano-laico* va ganando terreno, siempre que al vocablo «salesiano» se le dé el contenido sustantivo de la condición eclesial de «religioso», miembro de la Sociedad de San Francisco de Sales, fundada por Don Bosco. Debemos reconocer que también el lenguaje tiene sus exigencias a la hora de expresar la originalidad del «elemento laical» de nuestra Congregación.

Esta, como íbamos diciendo, es un instituto de vida activa característico, inserto también en las preocupaciones seculares de la vida humana. Tan es así, que se halla en el centro de una vasta familia que incluye a muchísimos laicos. No tiene, por decirlo de algún modo, un «alma monástica» de fuga del mundo (aunque se la entienda en el sentido positivo y característico de muchas beneméritas Ordenes), sino que cultiva en sí una «inserción en lo profano» para hacerse fermento apostólico en la historia (tanto que ha dado origen a algunos institutos seculares), y vive «religiosamente» inmersa e interesada en las vicisitudes concretas de la sociedad humana.

La dinámica de la consagración del salesiano coadjutor —idéntica a la de todos los demás socios— camina indisolublemente unida a determinados problemas de promoción humana.

Nuestro «ser salesiano» no nos fuerza a catalogarnos en tal o cual esquema prefabricado. La profundización en la figura del coadjutor nos ofrece un «test», que podríamos calificar con don Felipe Rinaldi de «genial», para esclarecer el elemento laical de nuestra comunidad. Efectivamente, Don Bosco, según hemos dicho, fundó, en los albores de la civilización industrial, la Sociedad de San Francisco de Sales para la juventud popular, considerada como la «porción más delicada y preciosa de

la sociedad humana, sobre la cual se fundan las esperanzas de un porvenir feliz» (MB 2, 45); y él mismo afirmó, en las antiguas Reglas, que «de su buena o mala educación depende el porvenir bueno o triste *de la sociedad*» (MB 5, 931). Evidentemente, en la mente de Don Bosco hay una preocupación «social». Más aún, creo que es justo hablar de cierto «corte laical», tanto por las circunstancias históricas de la fundación como por la originalidad de la forma de vida querida y por la naturaleza misma de la misión apostólica escogida. Lo indico brevemente.

Conciencia de una «apertura secular» de la Congregación

Don Bosco se propuso iniciar un amplio movimiento apostólico juvenil y popular, adaptado e inmerso en la nueva era sociocultural que estaba naciendo. Cuando se determinó a condensar sus ideales en una «Regla», redactó también un capítulo «Sobre los Externos», cuyo primer artículo expresaba muy bien esta su novedad de concepción: «*Cualquier persona —escribía—, aunque viva en el siglo, en su misma casa, en el seno de su misma familia, puede pertenecer a nuestra Sociedad, etc.*» (MB 10,889 y 1308).

Se descubre aquí un profundo interés y una explícita apertura a la condición histórica de la secularidad. Más tarde don Felipe Rinaldi trató de llevarla a cabo —al menos en parte— en el ámbito femenino, iniciando el grupo de celadoras que hoy se ha convertido en el instituto secular de las Voluntarias de Don Bosco.

Al constatar después, incluso por inspiración de lo alto y por consejo del Papa Pío IX, que resultaba indispensable, para asegurar ese objetivo,

un núcleo central animador que tuviera la estabilidad y la consistencia de una verdadera congregación religiosa, fundó nuestra Sociedad. El estilo de dicha congregación debía ser «nuevo»; por ello debía buscar cómo adaptarse en la forma a las exigencias de la naciente sociedad civil; se lo aconsejaba también nada menos que el anticlerical ministro Ratazzi.

Así la forma de vida, la agilidad en sus estructuras, el modo de poseer los bienes, el hábito, la ductilidad de adaptación, la manera familiar de convivencia, la terminología empleada (*casa, inspector, señor director, señor asistente...*), las áreas apostólicas que abarcaría, la relación con el mundo del trabajo, etc., debían ajustarse lo más posible a ciertas exigencias ineludibles del proceso de secularización hacia la que rápidamente caminaba la sociedad.

Por fin, la naturaleza misma de la actividad congregacional se orienta constitutivamente hacia un testimonio y un servicio abierto al siglo. La espiritualidad de la acción inspirada en el humanismo de San Francisco de Sales, explícitamente abierta a los valores temporales, traduce las riquezas de la dimensión contemplativa y de los votos religiosos en energías de educación para construir entre los ciudadanos una civilización del amor; la misión juvenil y popular, concentrada vitalmente en la praxis vivida del «Sistema Preventivo», mueve al salesiano a ser educador social, abriendo los horizontes del crecimiento humano al indispensable misterio de Cristo.

En una congregación así concebida debería encontrar espacio suficiente y aire saludable la presencia y el crecimiento de la figura del salesiano coadjutor. Don Felipe Rinaldi, en su penetrante circular, insiste expresamente en esto mismo. Vale

la pena reproducir aquí el texto, aunque sea un poco largo.

Dice él que Don Bosco «*hizo accesible la perfección religiosa a toda clase de personas*». Por ello destaca don Felipe, pensando en los laicos del siglo, que «*el campo es vastísimo y la mies amarillea en todas partes: es necesario llamar a la recolección a quienes el Señor ha hecho brillar la visión lejana de una vocación superior. Y no se piense que es pequeño el número de quienes abrazarían de muy buena gana el género de vida espiritual que brilló en sus almas en ciertos momentos de mayor unión con Dios; pero no se deciden porque creen que aquel género de vida de perfección y de apostolado es sólo para quienes son llamados al sacerdocio [...]*».

»*Es necesario, queridos míos —prosigue—, que nos pongamos todos a difundir y hacer familiar con la palabra, con los escritos y con cualquier otro medio a nuestro alcance, la verdad demasiado poco conocida de que la vocación religiosa no es únicamente para los llamados al sacerdocio, sino también para quienes sienten dentro de sí el deseo de llevar una vida más perfecta con que poder servir mejor al Señor en el ejercicio de las variadísimas tareas del apostolado. Es necesario poner en evidencia la belleza y la grandeza de la vocación a la simple vida religiosa, don divino de un valor inestimable [...]*».

»*Sí, queridísimos, demos a conocer toda la belleza y la grandeza del coadjutor salesiano, y preparemos muchos y buenos para todas las profesiones, artes y oficios. Al principio Don Bosco se preocupó particularmente de las vocaciones sacerdotales, bien porque sin ellas no habría podido dar vida a su Sociedad, bien porque en aquel entonces había enorme escasez de vocaciones sacerdotales [...]. Pero en sus Constituciones estableció el principio de la simple vida religiosa elevada a una igualdad perfecta con la vocación religioso-sacerdotal,*

exceptuada la dignidad propia del carácter (sacramental), para dar a entender que su Sociedad tendría con el tiempo un gran número de simples religiosos laicos destinados a ejercer un verdadero apostolado en todo el mundo» (ACS núm. 40, 575-577).

Quien desee recuperar cota profética en la órbita del elemento laical de nuestra congregación, dedíquese a meditar esa preciosa circular de don Felipe Rinaldi.

6. Situación problemática

Llegados a este punto, me parece útil, aunque se presente como una constatación dolorosamente incómoda, indicaros algunas cifras sobre la situación crítica que hoy estamos atravesando al respecto en la Congregación.

Hechas las debidas excepciones, es posible que algunas comunidades nuestras no hayan comprendido a fondo la «genial creación» del proyecto de Don Bosco; acaso no han sabido o no han podido experimentar aún el alcance del valor constitutivo y del influjo enriquecedor del elemento laical que asegura a la Congregación la presencia del salesiano coadjutor. Ha habido también, no cabe duda —y durante muchos años—, cierta falta de formación adecuada. Estando las cosas así, una ojeada a los números concretos acaso pueda despertarnos de un peligroso torpor.

Algunos datos estadísticos

El año 1880, viviendo aún Don Bosco, la relación numérica entre coadjutores y sacerdotes o clérigos era de uno a dos, es decir, un «laico» por cada dos «eclesiásticos»; hoy, en cambio, cien años más tarde, la relación es de 1 a 4,62, con una tendencia

a aumentar en el mismo sentido. Efectivamente, en los últimos 14 años —es decir, desde 1966, en que se alcanzó la cima más alta de coadjutores (4.294)— su descenso ha sido del 31,02 por 100 (es decir, hasta llegar a los actuales 2.962). En cambio, el descenso de los sacerdotes y clérigos en los últimos 13 años, desde 1967, en que se llegó a la cima más alta (17.346) ha sido del 20,65 por 100 (los actuales, 13.764). La diferencia del descenso entre ambos grupos es del 10,37 por 100 desfavorable a los coadjutores.

Si, por otro lado, se analiza la marcha numérica de los candidatos a la Congregación, se ve que la relación entre coadjutores y clérigos a la hora de entrar en el noviciado es, hoy, de 1 a 9,88 (44 coadjutores frente a los 435 clérigos).

El número más alto de coadjutores novicios fue de 293 el año 1956. Desde aquella cumbre máxima a hoy los candidatos coadjutores han disminuido en un 84,98 por 100. Para los clérigos novicios el número más alto, de 1.225, se alcanzó el año 1966; desde aquella cumbre han disminuido en un 64,49 por 100. La diferencia del descenso numérico entre los dos grupos es del 20,49 por 100, de nuevo desfavorable a los coadjutores.

En los primeros meses de este año 1980 había nada menos que 57 inspectorías sin coadjutores novicios; nueve tenían sólo uno; siete tenían dos; una tenía seis, y una (Madrid) tenía quince. Varias inspectorías no los tienen desde hace varios años: algunas, más de diez, y una desde hace 14, esto es, desde 1967⁴.

4. Ver estadísticas en sección «Documentos».

Una sugerencia de perspectiva

Todo esto sucede precisamente hoy, cuando no sería erróneo pensar en una nueva proporción más

favorable a la dimensión laical, de signo distinto a la dada hasta ahora entre «laicos» y «eclesiásticos» en la Congregación. Dicha posibilidad parece sugerirla, e incluso favorecerla, la profundización ecle-siológica del Vaticano II. Efectivamente, en éste se redescubrió, en cierto modo, y se relanzó la vocación del «laico», y se inició una evolución eclesial y apostólica que modifica no sólo la importancia y función, sino también la misma proporción de los laicos comprometidos y de su papel apostólico.

Esta observación ciertamente no es arbitraria, y no debería interpretársela a favor de un grupo prescindiendo del otro, sino unitariamente, como una maduración histórica, como un crecimiento homogéneo. Un crecimiento que no menoscaba la índole propia de la Congregación, sino que le da mayores posibilidades de eficacia apostólica de cara a una renovación global de la comunidad, y, por tanto y en definitiva, a favor de la autenticidad de sus dos dimensiones fundamentales, la sacerdotal y la laical, según su recíproca permeabilidad.

Permitid que eche mano, aquí, de una reflexión curiosa, y hasta cierto punto humorística, pero muy atrevida, de don Felipe Rinaldi: *«Según el espíritu de las otras congregaciones —escribe él— (no hablo de las antiguas órdenes monásticas, donde la cosa era distinta), el número de los hermanos laicos [...] debía ajustarse a las necesidades de los servicios secundarios que se presentaran [...]: cuando se alcanzaba el número suficiente, la llamada divina tenía, en cierto modo, que suspender su actividad, porque ya no había sitio para los pobres laicos [...].*

»Con su Sociedad —prosigue don Felipe— Don Bosco abrió el camino de la perfección religiosa no sólo a un número limitado, sino a todos los laicos que se sientan llamados a santificarse en la vida de comunidad, ejerciendo el apostolado de la educación en medio

de la juventud pobre y abandonada, o el (apostolado) misionero [...]. De ese modo Don Bosco, con su Sociedad, hizo accesible la perfección religiosa a toda clase de personas, en el ejercicio mismo de las más variadas profesiones culturales, artísticas, mecánicas y agrícolas. En la Sociedad Salesiana hay sitio para las más variadas categorías: los menos instruidos se santificarán en las humildes labores de la casa; los profesorees, en la cátedra, desde la primera elemental hasta las aulas universitarias; los maestros de arte, en sus talleres; y los agricultores, en los campos (ACS núm. 40, 574-575).

Frente a esta perspectiva profética de don Felipe Rinaldi, los datos estadísticos que hemos indicado nos perturban y, en cierto modo, nos hieren: nos obligan a un serio examen de conciencia y a despertarnos de una especie de letargo al que tal vez nos ha llevado cierta superficialidad prolongada y el torbellino de la aceleración de los cambios.

Naturalmente, nuestras estadísticas deben contemplarse en la perspectiva del vasto movimiento del profundo cambio cultural a que asistimos. Algunos de sus elementos, por ejemplo, han influido muchísimo en ciertos aspectos de la vida salesiana relacionados directamente con el mundo del trabajo.

La civilización de la sociedad industrial está íntimamente ligada al progreso científico-técnico; por eso ha estado sometida a una aceleración muy intensa. Además, al lado de un continuo perfeccionamiento de los medios y de su deslumbrante novedad, comporta una visión del hombre cada vez más cerrada sobre sí misma, con una permanente tentación de laicismo —tanto burgués como obrero— que deprecia los grandes valores del Evangelio. Es una civilización rica en técnica, pero pobre en sabiduría; abierta al consumismo, y ce-

rrada al sacrificio; llena, sobre todo al mundo del trabajo, de una atmósfera materialista muy sutil y penetrante: el hombre (¡el Homo Fáber!) sería el «protagonista» único que todo lo puede.

Aun donde se intenta una interpretación más inteligente, se apela a filosofías inmanentistas que querrían reducir todo a secularismo. En consecuencia, la original figura del «laico cristiano» que encarna una vocación eclesial en la gestión del mundo, parece disminuida y adulterada. Debemos reconocer que *existe hoy una vasta crisis de la vocación laical en sus diversas expresiones.*

Este es un tema capital, que nos sobrepasa, pero no nos deja al margen. No superaremos las dificultades de la vocación del coadjutor con nostalgia o restauraciones, sino con una renovada conciencia de las realidades del mundo y de la misión de la Iglesia, donde hay un puesto claro y destacado para repensar a fondo la «laicidad cristiana» en sus variadas formas y para descubrir e intensificar su indispensable dinamismo. Es lo que, al respecto, está sucediendo en la Iglesia, donde ya despunta la aurora de una época nueva más positiva y prometedora.

Confianza en la acción del Espíritu Santo

El Espíritu Santo ha favorecido en estos decenios la renovación del Pueblo de Dios a través del Concilio Vaticano II, dando un planteamiento nuevo al asunto de la vocación laical: ha suscitado originales grupos que asumen vastos campos de la laicidad como objeto de consagración secular (Institutos Seculares); ha impulsado a la Iglesia a bautizar el signo de los tiempos de la promoción de la mujer (inmenso y fecundo sector de la laici-

dad), y, finalmente, inspira, a múltiples vocaciones «laicales» masculinas de vida religiosa, interesantes sugerencias de reactualización.

El CG 21, por su parte, nos invitó también a nosotros los salesianos, a constatar que durante un siglo de existencia la dimensión laical de nuestra Congregación ha tenido un florecimiento original, y que muchos coadjutores han alcanzado de hecho la perfección de la caridad en grado heroico. *«Cada hermano tiene presente alguna figura que ha realizado esta plenitud en diversos lugares y situaciones, aun las más sacrificadas y escondidas. Muchos han pasado a la historia de la Congregación; algunos de ellos, mártires por la fe o héroes de la caridad, son candidatos a la gloria de los altares»* (CG 21, 191). ¿Cómo no recordar, por ejemplo, que está en curso la causa de beatificación de Simón Srugi —de Palestina— y la de Artémides Zatti —de Patagonia—? ⁵. Todas estas intervenciones de ayer y hoy, suscitadas por el Espíritu del Señor, invitan a nuestra Congregación a situarse esperanzadamente en la línea de una recuperación a tono con nuestros tiempos.

La visión cristiana de la creación, la eclesiología conciliar, los datos estadísticos, los cambios culturales, los signos de los tiempos y toda la afanosa búsqueda de la Iglesia nos interpelan para asumir la responsabilidad de buscar juntos una respuesta fiel y profética, a la vez que nos abren el horizonte de un futuro nuevo. A ello nos debe animar el compromiso de renovación de estos años, la reciente ampliación concreta de las responsabilidades a los salesianos coadjutores, los significativos resultados de algunas inspectorías que se han movido en este campo y el serio trabajo vocacional y formativo poscapitular. Todos ellos son pasos adelante hacia un auténtico relanzamiento.

5. Ver final de esta carta.

7. La labor, hoy, más urgente

El Capítulo General Especial había afirmado que *«el más importante y decisivo trabajo por realizar sigue siendo la sensibilización o mentalización, como se dice, de toda la Congregación sobre el coadjutor salesiano»* (CGE 184).

Con ese objeto se tuvieron, en el sexenio subsiguiente, congresos inspectoriales y regionales y un congreso mundial. Pero debemos reconocerlo con humildad: no bastaron. Urge, pues, suscitar otras iniciativas, inspiradas en la maduración y orientaciones del CG 21, que calen más en cada inspectoría, casa y hermano.

No pocos salesianos necesitan una auténtica conversión de mentalidad, que, según hemos visto, tiene que ver, en definitiva, con la concepción misma de la Congregación. Me parece que todos debemos en conciencia repensar, por fidelidad salesiana, este aspecto vital de nuestra identidad. Todas las iniciativas prácticas podrían resultar peligrosamente trasitorias y «categoriales», si en la base no se logra el replanteamiento explícito a que me estoy refiriendo.

Sí, también esta misma carta, que iba a ser «breve y práctica», por lealtad a la importancia vital del tema asumido, ha debido cambiar un poco sus proporciones y contenidos. Permitidme que os diga que no podemos hacernos ilusiones: no se trata de echar un remiendo a un viejo concepto; lo que debemos hacer es preocuparnos por confeccionar un traje nuevo. No es sólo una «categoría» de socios lo que está en crisis, lo repito, sino que es la dimensión laical de la misma comunidad salesiana la que es objeto de interpelación, y debe ser repensada con espíritu de fidelidad a Don Bosco y a los tiempos.

Por ello, de acuerdo con las orientaciones capitulares, deberemos preocuparnos en concreto por asegurar:

- *un conocimiento más esmerado de la identidad del salesiano coadjutor en la Congregación;*
- *una sensibilización diligente, al respecto, en todos los hermanos y comunidades locales;*
- *la puesta en práctica de la corresponsabilidad del salesiano coadjutor a todos los niveles posibles (CG 21, 192-193 y 210-211);*
- *la programación de una eficaz pastoral vocacional, buscando a la vez cómo cualificar la presencia apostólica del salesiano coadjutor entre los jóvenes (CG 21, 209), y*
- *renovar la formación de todos los salesianos.*

Este último punto puede considerarse la clave definitiva para el comienzo de una solución concreta de la crisis.

El verdadero núcleo del llamado «problema del salesiano coadjutor» hay que buscarlo en esta amplia y profunda cuestión: ¿Cómo reactualizar la dimensión laical de nuestra Congregación sin caer en la desviación secularista que aparece acá y allá en algunos sacerdotes nuestros (con una inversión del clericalismo, que a veces pasa de lo erróneo a lo ridículo)? ¿Cómo lograr que en la Congregación el relanzamiento de la dimensión laical comporte simultáneamente también más claridad y genuinidad en la dimensión sacerdotal? ¿Cómo inventar nuevas y auténticas presencias salesianas, vitalmente empapadas de sacerdotalidad y de laicidad, en la cultura que está surgiendo? Si abandonamos ciertas instituciones que las han encarnado durante un siglo, ¿cómo aseguraremos prácticamente su futuro? ¿Cómo relanzar la figura del salesiano coad-

jutor y conservar nuestra forma comunitaria de vida y los criterios propios del proyecto educativo-pastoral de Don Bosco? ¿Cómo plantear una pastoral a favor del salesiano coadjutor y expresar en ella la «genial modernidad» de toda la comunidad? ¿Cómo presentar hoy el ideal religioso de la permeabilidad entre las dos dimensiones, sacerdotal y laica, de nuestra Congregación? ¿Dónde buscar o cómo cultivar y con qué medios lograr la maduración de los candidatos? ¿Cómo formarlos salesianamente para cada una de las dos opciones?

Os invito a repasar las «orientaciones operativas» del CG 21 con renovada voluntad de ponerlas en práctica (núms. 206-211).

El ideal misionero, el «Proyecto Africa», un adecuado relanzamiento de las escuelas profesionales, la promoción de centros juveniles obreros y de movimientos cristianos de la juventud obrera (cfr. CG 21, 185), es decir, la problemática juvenil del mundo del trabajo entendido como hecho social y cultural (CG 21, 183), no pueden faltar en la mesa de nuestras programaciones.

Recordemos cómo el CG 21 desarrolla el principio de la plena participación, activa y responsable, del salesiano coadjutor en la acción apostólica de la comunidad salesiana según su modo de ser laical (CG 21, 181) no limitada sólo al campo profesional, sino extendida a la educación explícita de la fe e incluso al ejercicio de los ministerios que no suponen la ordenación sagrada, para quien se sienta llamado a ello (CG 21, 182).

Como es natural, toda la Congregación debe empeñarse a fondo para que los coadjutores estén a la altura de su misión de «educadores salesianos» (CG 21, 184), según la capacidad y papel propio

de cada uno, asegurándole, sobre todo, los oportunos elementos espirituales de que hemos hablado.

8. Estratégico cometido de la formación

Antes de concluir, quiero insistir aún sobre el cometido de la formación.

Después de cuanto hemos dicho, éste no se puede referir únicamente a los coadjutores jóvenes, sino a todos los hermanos, incluidos los sacerdotes y clérigos, durante todo el íter formativo, tanto inicial como permanente. Sin un esfuerzo extraordinario en la formación, no creo que a corto plazo se puedan obtener cambios radicales. Pero si se plantea la formación de una forma verdaderamente renovada, sobre todo para las generaciones jóvenes, el futuro será sin duda prometedor.

El CG 21 quiso afrontar de forma unitaria, aunque necesariamente diversificada, el aspecto de la formación del salesiano sacerdote y del salesiano coadjutor (CG 21, 240), por las razones recordadas anteriormente (cfr. CG 21, 244). Objetivamente debemos reconocer que, a pesar de las iniciativas ya en curso, queda aún muchísimo por hacer en este campo (cfr. CG 21, 299-300).

Unidad de la formación

El CG 21 insiste en la «unidad de la formación». No tiene verdadera conciencia salesiana el sacerdote o clérigo que ignora los valores concretos de la dimensión laical de la Congregación, como tampoco la tiene el coadjutor que ignora su dimensión sacerdotal.

Recogiendo el art. 103 de las Constituciones, el Capítulo reitera que «*coadjutores y futuros sacer-*

dotes reciben idéntica formación fundamental con un plan programado al mismo nivel». Esto significa no sólo que el período de formación hasta la profesión perpetua tiene las mismas fases, sino también que los contenidos de «salesianidad» son los mismos, para evitar un sectorialismo que podría llevar a erróneas distancias categoriales. Por lo cual «de-sea» que, además del noviciado, los «clérigos y los coadjutores hagan vida común en la misma comunidad formadora, donde vean valorizadas las dos formas de la única vocación salesiana» (CG 21, 303).

Recuerda además el Capítulo que *«la unidad de la formación queda asegurada en la comunidad cuando (en ella... hay) un equipo entusiasta de formadores, sacerdotes y coadjutores...»* (CG 21, 245). Pues bien, esto de la presencia de salesianos coadjutores en el equipo de formadores es una afirmación «nueva e importante». Sustancialmente quiere decir que un hermano que madurara en su vocación sin un conocimiento explícito y vivido de la compenetración de los dos elementos, correría el peligro de ser un salesiano incompleto.

Para evitar ese sectorialismo y *«por fidelidad al carisma fundacional, los formadores —dice también el Capítulo— deben procurar conocer, presentar y hacer apreciar la identidad salesiana de las dos formas de la vocación religioso-salesiana, la laical y la sacerdotal»* (CG 21, 305). Y continúa: *«El salesiano coadjutor debe estar presente, siempre que sea posible —y, añado yo, hay que hacer todo para que sea posible—, en las estructuras de formación no sólo con cometidos de formación cultural y técnica, sino, sobre todo, con funciones de formación para la vida religiosa y salesiana. Por consiguiente [...], póngase un cuidado especial en preparar salesianos coadjutores capaces de desempeñar convenientemente esta función de formadores»* (CG 21, 305).

Como se ve, es un quehacer preciso, aunque por ahora arduo, dada la actual situación de crisis.

Formación específica

A la luz de esta unidad fundamental de formación, el Capítulo pide también una esmerada «formación específica». Para que el salesiano coadjutor y el salesiano sacerdote puedan de verdad llevar a sus hermanos (respectivamente, sacerdotes o clérigos y coadjutores) la riqueza propia de su diferenciación, es necesario que cada uno cultive y profundice su formación específica (CG 21, 292).

El Capítulo comprueba, en la situación actual, cierta «ausencia de contenidos específicos para la formación del salesiano sacerdote y del salesiano coadjutor» (CG 21, 247), diferencia más acentuada para éste que para aquél. Indica, para la formación específica del salesiano coadjutor, algunos elementos que han de estar en todas las fases, integrándolos constantemente en la doble necesidad de «estudio-reflexión» y «práctica-experiencia». Son los siguientes:

- «una formación religioso-salesiana» que ayude al coadjutor a comprender la originalidad propia de nuestra Sociedad;
- «una oportuna preparación pedagógica, humanística y salesiana»;
- una suficiente competencia apostólica de profundización «teológico-catequística»;
- «una preparación técnico-profesional», según la capacidad y posibilidades de cada individuo, de acuerdo con el «carácter educativo-pastoral» de nuestra vocación;
- «una educación socio-política que le prepare a la específica acción educativa, en particular

en el mundo del trabajo» (cfr. CG 21, 302).

Naturalmente, en todo esto habrá que tener en cuenta el pluralismo característico de la dimensión laical de la Congregación y las posibilidades concretas de cada candidato.

La experiencia y la reflexión de todos podrán ampliar y enriquecer los elementos capitulares enumerados.

Formación permanente

Finalmente, hoy se debe dar una importancia especial a la formación permanente. El CG 21 nos ofreció, en este campo, un documento breve pero rico de novedad y perspectivas (cfr. CG 21, 307-342). Es necesario releer y repensar sus contenidos de cara al actual relanzamiento del salesiano coadjutor. Tanto los documentos capitulares que hablan del coadjutor, como esta carta mía (y sobre todo la de don Felipe Rinaldi), las fuentes y estudios hechos hasta ahora en este sentido ⁶, deberían constituir un material de primera clase para las iniciativas de formación permanente. Es ésta una responsabilidad que pesa sobre cada una de las inspecciones, casas y hermanos.

6. Ver final de esta carta.

Sería también de desear que se puedan organizar encuentros de estudio y convivencia (como muy bien ha hecho ya algún grupo de inspecciones) para profundizar ciertos puntos poco asimilados aún. Sería muy beneficioso: no sólo enriquecería a los participantes; tales iniciativas ayudarían a elaborar los planes para la formación de los coadjutores que el Capítulo pide a las inspecciones (CG 21, 301 y 306).

9. La valiosa palabra de dos Rectores Mayores

Para concluir, permitid que reproduzca los llamamientos paternos y angustiosos de dos Rectores Mayores que vivieron con Don Bosco y calaron a fondo en la originalidad e importancia de este nuestro tema.

— *El primero es de don Felipe Rinaldi, dirigido en particular a los «queridísimos coadjutores» en la circular de 1927: «Por lo poco que he dicho hasta ahora —escribe— os habrá sido fácil formaros una idea exacta de la grandeza de vuestra vocación. Pues bien, agradecédsela de corazón al Señor, amadla y custodiadla con solicitud.*

«No se os vaya nunca de la mente que os habéis hecho religiosos por una gracia especial de Dios, el cual os ha llamado a tender constantemente a la perfección [...]. Sed, pues, y mostraos en todas partes como os quiere nuestro buen Padre: sed imitadores suyos en la piedad sólida, en la constante vigilancia sobre vosotros mismos, en la fuga de las ocasiones, en la dignidad del porte, en la decorosa sencillez del vestido —lejos de toda sombra de amaneramiento mundano—, en la asiduidad del trabajo, en el amor a nuestra Sociedad, en el celo para educar cristianamente a los jóvenes confiados a vuestros cuidados, haciéndoles desear, más con la bondad de vuestra vida que con las palabras, poder ser salesianos para hacer bien a muchos otros jóvenes.

»Para lograr todo eso, queridísimos coadjutores, debéis poner un cuidado especial, y emplear el mayor tiempo de que podáis disponer, en instruiros bien en la religión y en las cosas espirituales del alma. Religioso es sinónimo de hombre consagrado a Dios, de hombre espiritual. De ese modo perseveraréis en vuestra vocación, hacia la que se os tienden mil asechanzas, y os haréis aptos para catequizar e instruir a los demás.

Mirad a lo alto, a la santidad, para evitar el peligro de materializaros demasiado en el ejercicio de vuestro arte» (ACS núm. 40, 579).

— *El segundo llamamiento es de don Pablo Albera* en la circular sobre las vocaciones. En ella invita a toda la Congregación a trabajar inteligente e incansablemente en una pastoral vocacional a favor del coadjutor salesiano.

«Si a los jóvenes se les presenta —escribe él— la misión del coadjutor salesiano con toda su importancia social, con toda su atractiva belleza y variedad [...], fácilmente se sentirán atraídos a abrazarla. Estas vocaciones, queridos míos, son una necesidad de las más imperiosas para nuestra Sociedad, la cual sin ellas no podría conseguir las altas finalidades sociales que le imponen los tiempos presentes. Por otra parte, la institución de los coadjutores forma una de las más geniales creaciones de la caridad, ansiosa siempre de hacer a todos más fáciles los caminos de la perfección.

»Por ello, cultivemos con un interés particular buenas vocaciones de coadjutores. Al hablar de vocación salesiana, digamos claramente que se la puede tener entera y completa aun sin el sacerdocio, y que los coadjutores de nuestra pía sociedad son en todo iguales a los sacerdotes, tanto en los derechos sociales como en las ventajas espirituales [...].

Recordemos, queridísimos, que de nada servirían las industrias más asiduas para lograr buenas vocaciones de coadjutores, si los alumnos no ven prácticamente en nuestra vida salesiana la verdadera igualdad y fraternidad entre sacerdotes y coadjutores, que proclamamos con la palabra» (ACS, núm. 4, mayo 1921, págs. 206-207).

Escuchemos, queridos hermanos, el ardor y preocupación encerrados en esas autorizadas voces. Ojalá susciten en nosotros el conocimiento y el amor de la originalidad integral de nuestra Con-

gregación. Pongamos en marcha nuestro espíritu de iniciativa, nuestra ductilidad entre las coyunturas de los tiempos y nuestra capacidad de plegaria y organización para relanzar la figura del salesiano coadjutor, que asegura la dimensión laical de nuestras comunidades.

Confiemos, como Don Bosco, en la protección especial de María, la Virgen de nuestros orígenes: Ella nos ayudará a devolver entusiasmo y vitalidad a esta hermosa vocación salesiana que ella suscitó y guió en tiempos difíciles.

Unidos en la oración y en la fraterna responsabilidad de esta tarea urgente, nos deseamos recíprocamente mucho éxito.

Con afecto y esperanza,

EGIDIO VIGANÓ

NOTAS

1. Cfr. «*Laicità*». *Problemi e Prospettive*. Actas del 47 cursillo de actualización cultural de la Universidad Católica de Milán, 1977. Aportaciones de varios autores. Ed. «Vita e Pensiero».
Cfr. «*Il problema della società industriale*». *Progetti di sviluppo e crescita dell'Uomo*. Actas del 48 cursillo de actualización cultural de la Universidad Católica de Milán, 1978. Aportaciones de varios autores. Ed. «Vita e Pensiero».
2. Citado por Congar en *Jalons pour une théologie du laïc*. Ed. Cerf, París, 1953, 548.
3. Cfr. *Actas del tercer Capítulo General. Septiembre 1883*. Entre los asuntos tratados, dos puntos se refieren a los coadjutores:
 - IV. Cultura de los hermanos coadjutores; y
 - V. Orientación que debe darse a la sección obrera en las casas salesianas y medios para desarrollar la vocación de los jóvenes artesanos.

«Don Miguel Rua abre la sesión con las oraciones de costumbre. El relator don Belmonte lee los estudios preparados sobre el tema IV, sobre la cultura de los hermanos coadjutores.
 »Entra Don Bosco y se lee el tema V [...].
 »Se plantea una cuestión sobre si conviene o no conservar el nombre de "coadjutor" a los socios seglares o cambiarlo mejor por el de "hermano" [...].
 »En relación con este asunto, el hermano Barale alude a un poco de falta de atención que se da entre los nuevos y los antiguos y los recién llegados.
 »Don Bosco, a este propósito, relee con mucha precisión: todos los socios se mirarán como hermanos, etc. Cap. 2, art. 1.
 »En consecuencia, don Bonetti propone un canon en estos términos: Todos los socios, tanto sacerdotes como laicos, trátense...
 »Don Bosco hace observar que conviene mantener íntegramente los nombres conservados por la Congregación de Obispos y Regulares: "*Fratres Coadiutores*".»
4. Cfr. «Estadísticas», en «Documentos y Noticias», más adelante.
5. Ver las biografías de:

Simón Srugi: *Un buon samaritano concittadino di Gesù*, de Forti Ernesto, Leumann-TO, LDC, 1967, 195.
Artémides Zatti: *El pariente de todos los pobres. Artémides Zatti*, de Raúl A. Entraigas, Buenos Aires, Ed. Don Bosco, 1953, 218.
Artemide Zatti, parente di tutti i poveri, de Bianco Enzo, Leumann-To, LDC, 1978, 40.
 Y además:
Buzetti Giuseppe: *Un prediletto coadiutore di Don Bosco*, de Pilla Eugenio, Torino-SEI, 1960, 101.
Carlos Conci: *Conci. Boceto biográfico de un hombre y de una época*, de Juan E. Belza, Buenos Aires, Colegio Pío IX, 1967, 399.
José Fermín Corso: *El maestro Corso, rasgos biográficos de un coadjutor salesiano*, de Rodolfo Fierro Torres, Escuela Tipográfica Salesiana, Caracas, 1935.

Joaquín Dalmáu: *Don Joaquín Dalmáu, modelo de coadjutores salesianos*, de Juan Romero, Sevilla (?), 1947, 171.

Pietro Ferraris: *Brother Peter Ferrari S.D.B.*, de Manni alvin, Don Bosco Publications, New Rochelle, New York, 1876, 143.

Jaime Ortiz Alzuela: *4026 Jaime Ortiz Alzuela, coadjutor salesiano y mártir de Cristo*, de Amadeo Burdeus, Librería Salesiana, Barcelona, 1952², 112.

Marcelo Rossi: *La sentinella dell'Oratorio*, de Uguccioni Rufillo, Torino-Sei, 1954, 143.

Gianbattista Uggetti: *Il fornaio di Betlemme*, de L'Arco Adolfo, Leumann-TO, 1978, 81.

Profili di 33 Coadiutori Salesiani, de Eugenio Ceria, Colle Don Bosco Asti, LDC, 1952, 294.

Soldati senza divisa, de Uguccioni Rufillo, Leumann-TO, 1959, 83.

Triptico modelo, rasgos biográficos de tres coadjutores salesianos, de Luis J. del Real, Bogotá, 1942, 110.

Una respuesta original, de Dante Brambilla, Ed. Don Bosco, Buenos Aires, 1976, 94.

6. Ver:

Aubry, Joseph; Schoeneberg, Pierre, *Don Bosco li volle così*, Torino LDC, 1961, 89.

Braido, Pietro, *Religiosi nuovi per il mondo del lavoro. Documenti per un profilo del coadiutore salesiano*. Roma-PAS, 1961, 290.

Brocardo, Cesirio Nicola, y Romaldi, Renato, *Atti Convegno Mondiale Salesiano Coadiutore. Roma '75*, Roma, Scuola Grafica Salesiana, 1975, 699. (Traducción en inglés: Acts World Congress The Salesian Brother, Rome, 31 august-7 sept. 1975, Printed at SIGA, Madras-India, 1976, 539).

Ceria, Eugenio, *I Coadiutori*, Cap. LXV del vol. I de Annali della Società Salesiana, SEI-TO, 1941, págs. 702-711.

Conferenza Ispettori d'Italia, *Il Salesiano Coadiutore*, Colle Don Bosco Asti, 1967, 84 (Traducciones en francés y en español: Le Coadjuteur Salésien, Roma, 31 janvier 1969, 44 [ciclostilado]; El Coadjutor Salesiano. Documento de la Conferencia de los Inspectores de Italia, Ed. Don Bosco, Quito, s.d., 75).

Dei Adiutores, Atti della due-giorni di studio sulla collaborazione tra Sacerdoti e Coadiutori nell'apostolado salesiano, PAS-Roma, 1963, 84. (Traducción en español: Jornadas de estudio sobre la colaboración entre Coadjutores y Sacerdotes, Casa del Coadjutor «Institución Fernández», San Isidro, Buenos Aires, 1964, 72.)

El Salesiano Coadjutor, una vocación de «religioso laico» al servicio de la misión salesiana, en «Documentos Capitulares del CG 21 de la Sociedad Salesiana», Doc. 2, Madrid, 1978, núms. 166-239.

Midali, Mario; Bruno, Gaetano, y Aubry, Giuseppe, *Contributo di studio allo schema III del CG 21*, Ed. SDB, Roma, 1977, 131. *The Salesian Brother*, número monográfico del Salesian Bulletin, mayo 1980, New Rochelle, New York, 10802.

2. ORIENTACIONES Y DIRECTRICES

Don Juan E. Vecchi

Consejero General para la Pastoral Juvenil

Centros de formación profesional

1. En el mundo del trabajo

Nuestros oídos están ya hechos a las expresiones «mundo del trabajo», «mundo obrero» y parecidas. Nadie duda de que el trabajo crea un mundo con lenguaje, mentalidad, hábitos, reacciones y elaboraciones culturales propias.

El Capítulo General Especial parece tomar nota de la realidad de este mundo. *«Nuestra misión juvenil y popular —dice— implica una atención de simpatía a la realidad social e histórica del mundo obrero y el esfuerzo por descubrir sus valores educativos, humanos y evangélicos»* (Cfr. CGE 74, 413).

El Capítulo General 21 insiste: *«Hoy el trabajo... constituye un vasto fenómeno que hace interdependientes las categorías sociales, determina las características de un grupo social, crea nuevos modelos culturales [...]. Por eso, con la expresión “mundo del trabajo” nos referimos no tanto a la materialidad del trabajo cuanto al trabajo como hecho cultural y social»* (CG 21, 183).

El reconocimiento de la consistencia real de un «mundo» del trabajo comporta actitudes y criterios pastorales particulares, tanto respecto a la evangelización cuanto al quehacer educativo.

Entre ellos vamos a referirnos ahora sólo a dos: la necesidad de una acción diferenciada, es decir, adecuada en su lenguaje, propuestas e incluso ambientes a las peticiones, necesidades y valores del mundo obrero; y, en segundo lugar, la necesidad de superar la idea de salvar aisladamente a cada joven trabajador, encarnando en cambio el mensaje en las realidades y aspiraciones del mundo donde ese joven debe inserirse y del que proviene, un mundo que *«es decisivo en la configuración de nuestra cultura»* (Puebla 419).

De la misma exhortación apostólica «*Evangelii Nuntiandi*» se deducen también claramente los dos criterios indicados. Resultan extraordinariamente prácticos, siempre que no se confunda «práctico» con improvisación o espontaneidad inmediata.

Los salesianos están en el mundo del trabajo según diversos tipos de presencia: centros juveniles en barrios populares, parroquias situadas en ambientes obreros, grupos y movimientos de animación, formación y testimonio relacionados con el mundo del trabajo.

Es deber nuestro, en todas esas presencias, reforzar el aspecto educativo, prestando una atención diligente a los valores que se elaboran en el mundo del trabajo, al tipo de relación preferido y al lenguaje con que se refiere a la realidad.

Sin embargo, en la historia salesiana descuellan, como presencia original en el mundo del trabajo, *los centros educativos*. Entre éstos hoy tenemos talleres para adiestrar en el trabajo y para el aprendizaje, escuelas de formación profesional, institutos técnicos y cursos acelerados de preparación de trabajadores.

El objeto de esta reflexión es ver cómo se encuentran..., y qué dirección tomar al respecto en la nueva situación.

2. Los centros profesionales, hoy

Según los datos estadísticos presentados al CG 21, son 1.625 los servicios escolares de jornada normal; sus tipos y niveles son variados. De ellos, 263 corresponden a centros de enseñanza técnica y profesional. De 239 servicios escolares en jornada de tarde, 57 pertenecen al sector profesional. La proporción no es muy brillante que digamos.

Pero es alentadora, especialmente si se piensa en las dificultades que encuentra este tipo de escuela: el continuo progreso de las técnicas de trabajo y la consiguiente evolución didáctica, el alto costo de sus instalaciones, la disminución de nuestros hermanos especializados en el sector, las complejas relaciones con otras fuerzas que operan en la misma área...

Alienta sobre todo la nueva proyección que nuestros centros están tomando en algunos gabinetes, gracias a una larga experiencia:

preparación de subsidios y textos, proyectos educativos para la formación del trabajador joven, posibilidad de confrontación constructiva con entidades y agentes interesados en la enseñanza profesional.

Alienta también el hecho de que no sólo en los ambientes de Iglesia, sino también en los «laicos» se nos considere especialistas y entusiastas de este tipo de escuela. Y también que en algunas regiones donde no se permitirían otros tipos de presencia, se nos tolera, o incluso, se nos brinda colaborar en este sector.

Además, ésta es una de las peticiones más fuertes en los países «nuevos» que se esfuerzan por adecuarse al desarrollo y miran a veces con desconfianza de dónde les llegará la respuesta a estos derechos y aspiraciones suyos. También en este campo Africa es una llamada.

En las remodelaciones, que a veces comportan necesariamente recortes, fusión de actividades y asunción de nuevos quehaceres pastorales, pueden preocupar dos fenómenos.

El primero, que algunas inspectorías, por las dificultades aludidas, van perdiendo sus presencias en el campo de las escuelas profesionales y, en cambio, se refuerzan de forma progresiva en otros sectores.

El segundo, que no en todas partes se ha logrado dar una respuesta a las nuevas demandas de los «pobres» y reconvertir nuestras posibilidades en iniciativas sencillas para las que nos sintamos preparados.

En algunas regiones crecen las dificultades, mientras que en otras se abren nuevas oportunidades. Cada una de esas situaciones requiere un esfuerzo o de profesionalidad o de disponibilidad. Lo que nunca será recomendable es abandonar o desentenderse.

3. Siguiendo las huellas de una evolución

El cambio y evolución no deben debilitar la voluntad fundamental de estar presentes con fines educativos en el mundo del trabajo.

Desde sus inicios nuestros centros de formación para el trabajo se han caracterizado por una evolución continua y gradual. Por tratarse del campo de la técnica no cabía esperar otra cosa. A todo

período de organización satisfactoria han precedido tanteos y experiencias en los que, según palabras de Don Bosco mismo, hemos «*hecho fuego con la leña que teníamos*».

Don Bosco resumía, en los días del cuarto Capítulo General (1886), la evolución de sus iniciativas para montar los talleres. Distinguía los cuatro momentos que ya entonces habían vivido: el primero, caracterizado por los contratos de trabajo; en el segundo los muchachos, ya internos en Valdocco, frecuentan talleres externos; durante el tercero se montan talleres propios, y se confían a personal externo con variada modalidad de participación; el cuarto, la organización y gestión de los talleres corre a cargo de los salesianos, gracias a la consolidación de la figura del coadjutor, aunque también participan activamente los sacerdotes.

La falta de las condiciones óptimas no le hizo dejar para más tarde un servicio necesario a sus muchachos, como tampoco el logro de una situación satisfactoria le impidió evolucionar cuando se le ofrecían nuevas posibilidades.

Nuestros centros profesionales se vieron de nuevo transformados cuando, de talleres, pasaron a ser escuelas de «artes y oficios»; o cuando se convirtieron en «escuelas profesionales»; y cuando, por necesidades culturales y de trabajo, adquirieron el rango de institutos técnicos.

4. Constantes y líneas de progreso

En la evolución se dan algunas constantes fundamentales. Nosotros no adiestramos únicamente «mano de obra», sino que educamos a trabajadores. Lo cual comporta insertar la lenta o acelerada cualificación dentro de un programa total en que se transmite una visión del mundo y de la vida.

Ya cuando sólo había talleres para aprendices, el Capítulo General IV establecía: *El fin que se propone la Sociedad Salesiana, al acoger y educar a jóvenes artesanos, es prepararlos de modo que al salir de nuestras casas, terminado su aprendizaje, hayan aprendido un oficio con que ganarse honradamente el pan de la vida, estén bien instruidos en la religión y tengan conocimientos científicos adecuados a su estado*» (Deli-

beraciones de los Capítulos Generales III y IV, doc. 4.º, páginas 18-22).

De la declaración anterior el Capítulo concluye que debe ser triple la dirección que hay que dar a la educación de los artesanos: religiosa, moral, intelectual y profesional.

Si uno repasa la historia, se da cuenta, con satisfacción, de que el esfuerzo constante que se hace para superar cualquier tentación de convertirse en «talleres», «industrias», «preparación acelerada de mano de obra», o «establecimientos», y para mantener, en cambio, el carácter de centros de educación, aunque con programas ajustados a las posibilidades de salesianos y jóvenes.

El Consejo General para las escuelas profesionales don Giuseppe Bertello, en una circular del 24 de julio de 1906 escribía: *Fuera se trabaja febrilmente para dar a los obreros una instrucción amplia y apropiada; no debemos consentir que nuestros alumnos hagan mal papel en la confrontación.*

Así, pues, no «mano de obra», sino «hombres cristianos». Esta puede ser una indicación aún muy útil en nuestra situación actual.

Para mantener una integralidad armónica, centrada en la validez, en el trabajo y en la profesionalidad sirve el *proyecto educativo*. En éste el criterio expresado en forma teórica se hace acción convergente de los educadores y cabal integración de contenidos e intervenciones.

Hay otro punto fundamental: nosotros procuramos adecuar nuestras iniciativas a las necesidades de los más pobres. Los altos niveles técnicos pueden ser una necesidad en algunos casos; pero en otros, una tentación.

Toda presencia en el campo del trabajo será siempre un testimonio y un servicio de evangelización. Donde parezca necesario o las circunstancias lo exijan no renunciamos a elevar el nivel de nuestros centros. Pero nuestra especialidad será siempre la de organizar servicios sencillos, a medida de los jóvenes y zonas menos favorecidos. La imposibilidad de alcanzar ciertos niveles no nos debe inducir a cerrar, cuando podemos prestar aún un servicio válido tras una oportuna transformación.

Finalmente, nosotros educamos a los trabajadores a través de un encuentro vivo con Cristo y su Palabra. Esto nos llevará a valorar

positivamente cuanto surge en el área de la profesionalidad, de la técnica y de las formas sociales de participación.

Pero, en particular, nos llevará a profundizar las iniciativas relacionadas con la maduración de la fe, no separada, como si se tratara de otro sector, de la experiencia profesional.

A menudo se oye decir que contenidos y lenguajes catequísticos preparados en otras claves se ofrecen a unos jóvenes que, para poder captar su significado, con su mente deben salir de su propia experiencia.

Gracias a Dios, asistimos al esfuerzo que grupos de hermanos y laicos están haciendo para adecuar la propuesta de la fe, dentro de una fidelidad exigente, a la comprensión del joven que se encuentra en el mundo del trabajo. Un cometido semejante forma parte de nuestra herencia. *Como salesianos, todos y en toda ocasión, somos educadores de la fe* (Const. 20).

De lo dicho se derivan con evidencia algunas conclusiones.

Es necesario asegurar, en nuestro desarrollo, un número consistente de presencias educativas en el mundo del trabajo, con una digna proporción numérica y de trabajo entre centros profesionales y otras obras.

A veces, un concepto empequeñecedor de la pastoral, aplicada únicamente a la actividad cultural o materialmente religiosa, podría llevarnos a ampliar con facilidad algunos tipos de presencia. Otras veces, la escasez del personal preparado para las escuelas profesionales y el peso de nuestra formación anterior nos arrastran a multiplicar escuelas de tipo humanístico. Un desarrollo inspectorial no dirigido por una sensibilidad carismática, sino por propuestas y adaptaciones ocasionales, puede llevarnos poco a poco a perder una de nuestras presencias características.

Es necesario también pensar que la escuela profesional salesiana no está unida sólo a la figura del coadjutor, si bien éste suponga, en su desarrollo, un papel decisivo. También esta misión la lleva adelante la comunidad, y desde el principio se han aunado en ella los esfuerzos de coadjutores y sacerdotes, enriqueciendo la totalidad de la acción con aportaciones complementarias.

Si se acepta esta primera conclusión, resultará clara la segunda: preparar la mentalidad y las cualificaciones del personal para el área

profesional. Promover las vocaciones de coadjutores es un aspecto importante. Sabemos que a ellos les están abiertas muchas posibilidades de trabajo (cfr. CG 21, 182). Pero, como afirma el mismo CG 21, *si se mira la importancia y el influjo que el «mundo del trabajo» tiene en muchos países, se ve claro que las actividades correspondientes al área del trabajo resultan, si no las únicas, sí ciertamente de las más significativas para la acción apostólica del salesiano coadjutor* (CG 21, 183).

Y no es menos importante crear una actitud de simpatía hacia el mundo del trabajo, una comprensión profunda de él y favorecer cualificaciones educativo-pastorales pertinentes en quienes se encaminan al sacerdocio. Efectivamente, como se observaba anteriormente, ésta es una misión de la comunidad salesiana y no sólo de algunos de sus miembros.

Una conclusión más. La presencia educativa en el mundo del trabajo requiere hoy poner al día las intervenciones no sólo en el área didáctica, sino también en el aspecto político.

El trabajo es un tema de la humanidad. A la luz de acontecimiento de Cristo cobra un significado nuevo. Este significado nosotros lo llevamos a un diálogo en que intervienen fuerzas con las que debemos confrontarnos, ayudarnos y complementarnos. Es preciso actuar no como quien lleva adelante una acción privada, sino como quien participa en la formación de una cultura. La organización unitaria de cara a las representaciones, la presencia donde se elaboran decisiones que influyen en los centros de educación, la voluntad de «operar» en lo civil con sentido evangélico, y la unión con otras fuerzas son aspectos que debemos considerar indispensables y que nos llevarán a una evangelización más completa de la realidad del trabajo y a una acción más eficaz en favor de nuestros jóvenes.

Los centros de formación profesional resultan así *centros* abiertos que dan y reciben; son puntos de referencia activos para intercambios de ideas y encuentros de personas.

5. Espiritualidad y enfoque pastoral

El carisma de un Fundador es un don del Espíritu; pero también se hace consistente con las experiencias que forman la trama de su vida.

El trabajo es la experiencia de los primeros años de San Juan Bosco, como experiencia gozosa y creativa, y como dura condición para subsistir. Pero aceptado como condición honrosa y santificado por el cariño materno, por la responsabilidad y por la oración: un trabajo, pues, humanizado y santificado. Trabajador en su propia casa y en la vaquería Moglia, trabajador como estudiante en Chieri y como seminarista...

Con los trabajadores jóvenes fueron sus primeros contactos sacerdotales. *En general, el Oratorio estaba compuesto de picapedreros, albañiles, empedradores, adoquinadores y otros que llegaban de pueblos distantes* (Memorie, pág. 129).

El grupo inicial está tan bien caracterizado, que en 1842 se celebró, entre los oratorianos, la «fiesta de los albañiles» (Memorie, pág. 130). Don Bosco, *durante la semana iba a visitarlos cuando estaban en sus trabajos, talleres y fábricas. Lo cual proporcionaba algún consuelo a los jovencitos, que veían un amigo que se preocupaba de ellos; y agradaba a los patronos, que conservaban gustosos bajo sus órdenes a jovencitos asistidos durante la semana* (Memorie dell'Oratorio, pág. 130).

Para ese tipo de muchachos nacieron los talleres, que representaban en pequeño su mundo «artesanal» cuando aún estaba en su primer desarrollo industrial.

El «trabajo» integró la espiritualidad de los salesianos, y junto con la templanza unas veces, o la oración otras, se convirtió en su lema. Se hizo para ellos mística y acto de culto espiritual, manifestación de su consagración religiosa, ascesis y forma de intervención pastoral. Un trabajo que no excluye, sino destaca, otras expresiones posibles; pero siempre con el sello del trabajo manual y de la sintonía con una particular clase de personas.

Nuestras preferencias sólo provienen de la caridad que el Espíritu ha derramado en nuestros corazones. Pero son reales. Una de las principales es la enunciada en las Constituciones: *Los jóvenes de la clase popular que entran en la vida del trabajo, aun cuando no vivan en condiciones míseras, encuentran con frecuencia dificultades para integrarse en la sociedad y en la Iglesia. Imitando la solicitud de Don Bosco por los aprendices, los orientamos para que se sitúen dignamente en la vida social, cultural y religiosa de su ambiente* (Art. 11).

3. DISPOSICIONES Y NORMAS

En este número de las «Actas del Consejo Superior» no se da ninguna de las que suelen inserirse en esta sección.

4. ACTIVIDADES DEL CONSEJO SUPERIOR

4.1. Crónica del Rector Mayor

El 26 de julio el Rector Mayor presidió en Valdocco la clausura del «retiro peregrinación a las fuentes» de los hermanos de lengua francesa. De allí marchó a Milán para administrar el Sacramento de los Enfermos a su hermano Angel, Inspector de la Lombardo-Emiliana.

El día 4 de agosto estuvo en Lugano (Suiza) para presidir la reunión de la Presidencia «Confederación Internacional AA.AA.». Siguió después para Bruselas. En Farnières (Bélgica) tuvo lugar, del 5 al 9, la reunión de los Inspectores y Consejos de lengua francesa. Estaban presentes don Roger Vanseveren, don Juan Vecchi y don Giovanni Raineri.

El 15 celebró la fiesta de la Asunción en Castelgandolfo, para acompañar al Papa en nuestra parroquia y casa salesianas.

El 29 de agosto salió de Roma para América. Pasado un día en Madrid, continuó el viaje, con paradas en Guatemala, El Salvador y Nicaragua, donde pudo ponerse en comunicación con los Obispos, con otras autoridades y con nuestros hermanos.

Pasados después tres días en México, continuó para California. En esta zona presidió, del 7 al 12 de septiembre, la reunión de los Inspectores y Consejos de lengua inglesa de la región de don George Williams, acompañado también por don G. Raineri y don J. Vecchi.

Tras una etapa en New Rochelle, donde pudo constatar los progresos de la nueva presencia salesiana en el barrio de Harlem, regresó a Roma el 16 de septiembre. Aquí, desde el día 26, está participando en el Sínodo de los Obispos.

4.2. Sesión plenaria (junio-julio 1980)

Asuntos tratados en la sesión plenaria del Consejo Superior, celebrada desde el 3 de junio al 30 de julio de 1980:

A. *Prácticas de administración ordinaria:*

Hombramientos, aprobaciones y autorizaciones, dispensas, prórrogas y confirmaciones, etc.

B. *Asuntos dignos de mención especial:*

■ Informes del Rector Mayor y de los Consejeros sobre las *visitas* hechas desde el mes de enero al mes de mayo (Cfr. ACS núm. 296/4.2).

■ Informes sobre las *visitas canónicas extraordinarias* en las Inspectorías de:

- Barcelona,
- Belo Horizonte,
- Bogotá,
- Catania,
- Dublín,
- Génova,
- S'Gravenhage (Holanda),

- Lima
- Manaus,
- Tokio,
- Valencia,
- Venecia,
- a las Delegaciones de Seúl y de la Obra PAS (Universidad Pontificia Salesiana).

■ Examen de las *Actas de los Capítulos Inspectoriales* de las siguientes Inspectorías:

Africa Central, Australia, Bélgica Norte, Bélgica Sur, Corea, Chile, España-León, España-Madrid, España-Sevilla, España-Valencia, Francia-Norte, Francia-Sur, Alemania-Norte, Alemania-Sur, Gran Bretaña, India-Calcuta, Hong-Kong, Irlanda, Italia-Adriática, Italia-Lombardo Emiliana, Italia-Meridional, Yugoslavia-Liubliana, Yugoslavia-Zagreb, Corea, México-Guadalajara, Holanda, Polonia-Norte, Polonia-Sur, Roma-Casa Generalicia, Tailandia, Venezuela.

■ Informe sobre el *Archivo Central*.

■ Informe sobre el *Instituto Histórico Salesiano*.

■ Transferencia de las *Casas de Malta* de la Inspectoría de Gran Bretaña a la de Irlanda.

■ Aprobación del nuevo estatuto de la *Procura Misionera de New Rochelle*.

■ Examen del proyecto del *Manual del Director*.

■ *Central Catequística Salesiana* de Madrid: Relaciones con el Consejo Superior y con la Conferencia Ibérica.

■ *Proyecto Africa*: Verificación de lo hecho.

■ *Revista de Espiritualidad Salesiana* común a la Familia Salesiana: estudio del proyecto.

4.3. El Consejo para la Pastoral Juvenil

Don Juan E. Vecchi

■ Del 1 al 6 de junio de 1980 el Dicasterio de la Pastoral Juvenil, con la colaboración de la Facultad de Ciencias de la Educación de la Universidad Pontificia Salesiana de Roma (UPS) promovió un seminario de estudio sobre el tema «Planear la educación hoy con Don Bosco».

Esta reunión se había ido preparando a lo largo de todo el curso. Para ello funcionaba un comité que estaba en contacto con los relatores y pedía aportaciones y sugerencias a todos los participantes.

Sus objetivos eran: Profundizar algunos puntos relevantes del *Proyecto Educativo Salesiano*; dar ideas esclarecedoras desde el punto de vista teórico; formular líneas de actuación y dar sugerencias prácticas para los agentes acerca de los puntos propuestos.

Las «Actas» del Seminario, en el que participaron como unos treinta expertos del área europea, se están publicando por cuenta de la UPS.

■ Durante todo el mes de julio, dentro del Dicasterio, se trabajó en la elaboración de tres subsidios que se mandarán próximamente a los consejos inspectoriales, para indicar elementos y líneas de un *Proyecto Educativo Pastoral Salesiano* en la parroquia, en el oratorio-centro juvenil y en la escuela. Esos subsidios son la continuación de los documentos 1.º y 2.º ya enviados por el Dicasterio a las inspectorías.

rías sobre la metodología y los contenidos del Proyecto, respectivamente.

■ También se ha enviado una «Comunicación», en la que se estimula a atender de un modo particular nuestras presencias en el «mundo del trabajo» y se invita a participar en un eventual cambio de impresiones sobre este asunto.

■ En este mismo tiempo se ha trazado una línea de programa para un curso de formación permanente (es decir, un curso de renovación espiritual y pastoral) para animadores de pastoral juvenil a nivel inspectorial, que se tendrá el otoño de 1981.

■ El Consejero con Juan E. Vecchi participó, del 6 al 9 de agosto, en una «visita de grupo» a las inspectorías de habla francesa.

■ Don Carlo Borgetti, del equipo del Dicasterio de Pastoral Juvenil, durante el mes de agosto se trasladó a Hong-Kong, Filipinas y Bangkok, a petición de los respectivos inspectores, para reunirse con hermanos y equipos de las inspectorías china, filipina y tailandesa, y tratar con ellos temas y problemas de Pastoral Juvenil, Sistema Preventivo, Proyecto Educativo y Comunidad Educativa.

4.4. El Consejero para la Familia Salesiana

Don Giovanni Raineri

■ En el Dicasterio para la Familia Salesiana se ha proseguido el trabajo de preparar la *Semana de Espiritualidad* de la Familia Salesiana, que tendrá lugar en la Casa Generalicia del 26 al 31 de enero de 1981 y que, tomando pie del centenario de la muerte de Santa María

Dominica Mazzarello, tendrá como tema la *presencia carismática y aportación de la mujer, y en particular de Santa María Dominica Mazzarello, al proyecto de la Familia Salesiana*. En cuanto se asegure la aceptación de los temas por parte de los relatores se comunicará el programa a los inspectores y a los responsables de los grupos de nuestra Familia.

■ Junto con los representantes y animadores de los distintos grupos se ha continuado también el estudio de un proyecto de revista de espiritualidad para la Familia Salesiana, aprobado ya en principio por el Consejo Superior en su última sesión plenaria de junio-julio pasados.

■ El Consejero don Giovanni Raineri, en Farnières participó en la reunión de los consejos inspectoriales de las inspectorías de lengua francesa.

Mientras tanto, el Delegado Mundial de Cooperadores, don Mario Cogliandro, asistía al primer Congreso Nacional de los Cooperadores Jóvenes argentinos, y don J. Aubry colaboraba en los trabajos del Congreso Nacional Italiano «Roma 80».

■ Pronto entrará en el equipo del Dicasterio para la Familia Salesiana don Giovanni Favaro, de la Inspectoría Liguria-Toscana, pues ha sido llamado por el Rector Mayor para el cargo de Delegado Confederal de los Ex alumnos.

En la reunión de la Presidencia Confederal de los Antiguos Alumnos celebrada en Lugano (Suiza) los días 3 y 4 de agosto último, el Rector Mayor proclamó al nuevo presidente confederal Dr. Giuseppe Castelli. En la misma ocasión el Rector Mayor nombró también Presidente Confederal Emérito, con el encargo de formar a los líderes de los Ex

alumnos en Latinoamérica, el abogado José González Torres, y Delegado Confederal Emérito a don Humberto Bastasi; de ese modo ambos continuarán siendo miembros activos de la Presidencia Confederal durante el próximo sexenio.

■ En el Secretariado para la Comunicación Social se ha trabajado en el corometraje sobre el relanzamiento de la devoción mariana «MARIA, UNA STRADA», cuya edición definitiva estará ultimada a comienzos de 1981. Se están preparando también algunos documentales titulados «Vatican Schauung», sobre la vida de la Iglesia, de acuerdo con la Comisión Pontificia para la Comunicación Social: se editarán en seis lenguas: alemán, español, francés, inglés, italiano y portugués.

■ Don Ettore Segneri, Director del Secretariado, en los meses próximos se reunirá con los formadores salesianos de lengua alemana e italiana, para presentarles el programa de formación para la comunicación social elaborado por el Secretariado y la «Consulta Mundial».

4.5. El Consejero para las Misiones

Don Bernard Tohill

■ El Consejero para las Misiones, en un encuentro con el Inspector de New Rochelle y con el responsable de la Procura Misionera, ha presentado el texto del Estatuto de la misma Procura, con una carta del Vicario del Rector Mayor, don Gaetano Scervo.

Dicho estatuto había sido elaborado por una comisión del Consejo Superior, a la vista de las sugerencias del Consejo Inspectorial y del Procurador de New

Rochelle. Fue aprobado definitivamente por el Consejo Superior en la reunión del 24 de julio de 1980.

El estatuto, en dieciséis artículos, define el objetivo y la organización de la Procura; precisa también sus relaciones con la Inspectoría y con el Consejo Superior.

■ Don B. Tohill, el 24 de agosto, representó al Rector Mayor en la consagración episcopal del hermano gabonés Mons. Basile Mvé. La solemne función tuvo lugar en el estadio de la ciudad de Oyem, abarrotado de fieles cristianos y con la asistencia del Presidente del Estado, musulmán, del Pronuncio y de nueve obispos provenientes de cuatro naciones africanas próximas. El Pronuncio y los obispos aprovecharon la oportunidad para renovar sus insistentes peticiones de obras salesianas en sus respectivas diócesis.

Como debía estar en Africa desde el 19 de agosto hasta el 3 de septiembre, el Consejero para las Misiones pudo ver, aunque un poco de prisa, diversas obras. En Gabón estuvo con los misioneros de la inspectoría parisina, que en Libreville, capital del Estado, despliegan su actividad en el seminario menor y en una parroquia. Visitó también la gran parroquia salesiana y a las Hijas de María Auxiliadora, de Port-Gentil. En Oyem vio a los misioneros de Fougamou y Camerún. También en Libreville se reunió con el inspector y el ecónomo inspectorial de París y con el inspector de Lubumbashi para estudiar problemas de interés misionero local.

En la República Popular del Congo pudo pasar por la gran parroquia de San Juan Bosco, de Pointe Noire, y las dos parroquias de San Carlos Lwanga y de San Miguel, en la capital Brazzaville. En

esta localidad los salesianos dirigen también un «hogar» para los jóvenes.

■ En lo que llevamos de año han llegado al Rector Mayor unas ochenta peticiones de hermanos que solicitan ir a las misiones.

Hasta hoy, por lo menos veinticuatro hermanos, han llegado ya a sus destinos, particularmente Africa y América Latina. Otros cuarenta hermanos están ya preparados para ir al continente negro. Quiera Dios que algún Estado no demore demasiado el permiso de entrada.

Los nuevos misioneros están destinados a las siguientes naciones: Angola, Benín, Costa de Marfil, Etiopía, Guinea Ecuatorial, Kenia, Liberia, Madagascar, Senegal, Sudán, Swazilandia, Tanzania, Zaire y Zambia.

Estos misioneros proceden de Brasil, España, India, Inglaterra, Irlanda, Italia, Malta y Uruguay.

La Inspectoría de Manila, este mismo año, ha enviado ya seis hermanos a Nueva Guinea.

Durante este 1980 algunas inspectorías de Latinoamérica han recibido, o recibirán pronto, unos quince hermanos procedentes de otras inspectorías sudamericanas, o de España, Italia y Polonia. Los países que los reciben son Brasil, Centroamérica, Chile, Ecuador, México y Paraguay.

Un hermano de la India ha llegado ya a Bután. Otro, de España, va a Filipinas.

Finalmente, hemos de destacar con agradecimiento que la Divina Providencia no se hace esperar, y nos ayuda en esta gran empresa misionera. El 19 de agosto pasado el fondo de solidaridad, propuesto por el Rector Mayor, don Luis Ricceri, el año 1968, alcanzó la considerable suma de mil millones de liras italianas. Con ello se ha podido echar una mano a muchas obras misioneras.

5. DOCUMENTOS Y NOTICIAS

5.1. Algunos datos estadísticos sobre los Salesianos Coadjutores

Abreviaturas L = «Laicos» (coadjutores)
 C = «Clérigos» (sacerdotes, diáconos, clérigos)
 t = Temporales
 p = Perpetuos
 NL = Novicios Laicos
 NC = Novicios Clérigos
 R = Relación

A. Cuadro comparativo entre «L» y «C», entre «NL» y «NC»

Fecha	L	C	Total		NL	NC	Total
1880	182	369	551				
R.	1	2					
%	33,03	66,99	100				
1980	2.962	13.769	16.726		44	435	479
R.	1	4,62			1	9,88	
%	17,70	82,29			9,18	90,81	100

B. Cuadro comparativo del «descenso» numérico entre «L» y «C», «NL» y «NC»

Fecha	L	C	NL	NC
1965			293	
1966	4.294			1.225
1967		17.346		
1980	2.962	13.764	44	435
descenso %	31,02	20,65	84,98	64,49
diferenc. %		10,37		20,49

C. Distribución de «L» y «NL» por regiones salesianas, en 1980

Regiones	Número inspectorías	Inspectorías con NL	Total NL	Lt	Lp	Variabilidad índice prospectivo	
						% +	- %
R2 Anglófona	6	0	0	15	216		100
R3 Asia	10	5	7	54	188	21,52	
R4 Atlántico	13	2	2	14	250		68,15
R5 Europa	13	3	10	22	334	18,06	
R6 Ibérica	8	4	19	70	438	57,15	
R7 Italia OM	12	3	4	22	882		81,41
R8 Pacífico	11	0	0	11	286		100
D9 Polonia	2	1	2	3	71	13,63	
Varios					86		
Totales	75	18	44	211	2.751		37,60

D. Distribución de «NL» por inspectorías el año 1980

	NL	Inspectorías	%
	0	57	76
	1	9	
	2	7	
	6	1 (Colonia)	
	15	1 (Madrid)	
Totales	44	75	100

E. Ausencia de «NL» en las inspectorías a partir del año...

Desde	Inspectorías	Años
1967	1	14
1968	1	13
1970	2	11
1971	3	10
1973	3	8
1974	3	7
1975	1	6
1976	7	5

5.2. Nombramientos

1. Nuevo Inspector

Don Piero Scalabrino

Para la Inspectoría Novaresa-Helvética

Para suceder a don Luigi Bosoni, elegido Consejero Regional para Italia y Oriente Medio, el Consejo Superior ha elegido Superior de la Inspectoría Novaresa-Helvética, a don Piero Scalabrino, que era Ecónomo Inspectorial de Novara.

Nacido en Masserano (Vercelli, Italia) el año 1928, don Piero Scalabrino hizo los primeros votos el año 1948. Fue ordenado sacerdote el año 1956.

Elegido director al año siguiente, dirigió varios centros importantes de la Inspectoría Novaresa, hasta que, el año 1974, fue llamado a asumir el cargo de Ecónomo de la misma Inspectoría.

2. Nombramiento pontificio

El Santo Padre ha trasladado a la iglesia catedral de Parnaiba (Brasil) a

Mons. Edvaldo Gonçalves Amaral, hasta ahora Auxiliar del Arzobispo de Aracajú.

Mons. Gonçalves tiene cincuenta y tres años. Nació en Recife (Brasil). Ordenado sacerdote en São Paulo el año 1954, fue durante varios años director en la Inspectoría de Recife. El 20 de febrero de 1975 Pablo VI le nombró Obispo Auxiliar de Aracajú, y le asignó la sede titular de Zallata.

5.3. Transferencia de Malta

NOS, Sac. EGIDIO VIGANÓ,
Rector Mayor de la Sociedad Salesiana de San Juan Bosco,

- habiendo consultado ampliamente a los hermanos de las Comunidades Salesianas de Malta;
- oído el parecer de los Consejeros Inspectoriales de la Inspectoría Salesiana «Santo Tomás de Canterbury» (Gran Bretaña), y de la Inspectoría Salesiana «San Patricio» (Irlanda), y del Consejo de la Delegación Inspectorial de Malta;
- oído el parecer del Regional competente;
- deseando favorecer la participación de las Comunidades Salesianas de Malta en el quehacer misionero, que actualmente está confiado a la Inspectoría Irlandesa en Africa;
- obtenida la conformidad del Consejo Superior, según norma de las Constituciones Salesianas, artículo 136, en la reunión del 24 de julio de 1980;

con el presente DECRETO TRANSFERIMOS LAS COMUNIDADES SALESIANAS DE MALTA de la Inspectoría

de GRAN BRETAÑA a la Inspectoría de IRLANDA.

DISPONEMOS, además, que los hermanos malteses, que actualmente residen en Gran Bretaña por motivo de formación o de estudios, sean transferidos a la Inspectoría irlandesa.

Para otros casos particulares, procédase según la norma de los Reglamentos, artículo 140.

El presente DECRETO entra en vigor el 22 de agosto de 1980.

Roma, 24 de julio de 1980

Sac. Domenico Britschu
Secretario general

Sello Prot. n. 255/80

Sac. Egidio Viganó
Rector Mayor

5.4. Solidaridad fraterna (33 relación)

a) INSPECTORÍAS DE LAS QUE HAN LLEGADO ENTREGAS

AFRICA

Liras ital.

Africa Central, Lubumbashi 8.400.000

AMÉRICA

Chile, Santiago	2.000.000
México, México	1.308.445
EE. UU., Este	3.347.515
EE. UU., Oeste	5.000.000

ASIA

China, Hong-Kong (para Makalé)	1.000.000
--------------------------------	-----------

Corea del Sur, Seúl	442.550	gua, Masaya: para material catequístico	500.000
India, Bangalur	1.000.000	México, México, Puebla: Parroquia M. ^a Auxiliadora, para audiovisuales	1.000.000
Tailandia, Bangkok	1.000.000	México, México, Puebla: Oratorio Don Bosco, para la catequesis	1.000.000
EUROPA			
Italia, Meridional (Soverato)	300.000	México, México, Puebla: Oratorio Rinaldi, para la catequesis	1.000.000
Italia, Udine	1.600.000	México, Mixes: para las vocaciones	500.000
Italia, Verona	30.000.000	Perú, Lima: San José, para la ayuda solicitada	872.000
N. N.	43.300.000		
<i>Total «entregas» llegadas del 15-5-1980 al 3-9-1980</i>	98.698.510		
<i>Saldo anterior en Caja</i>	7.584		
<i>Total disponible el 3-9-1980</i>	98.706.094		
b) DISTRIBUCIÓN DE LAS CANTIDADES RECIBIDAS			
AFRICA			
Africa Central, Lubumbashi: para la iglesia	1.000.000	India, Bangalur: promoción de vocaciones	1.000.000
Africa: para el fondo general (Soverato)	300.000	India, Bangalur, Kumbalam: arreglos en la iglesia	1.000.000
Etiopía, Makalé (de China)	1.000.000	India, Calcuta- Ranchi: para una capilla	1.000.000
AMÉRICA			
Argentina, Buenos Aires: «San José Obrero»: para el Oratorio	800.000	India, Gauhati, Arunachal Pradesh: catequesis de la zona primitiva	1.000.000
Argentina, Rosario: para Paraná	1.000.000	India, Gauhati, Mon: para la nueva misión	1.000.000
Brasil, Recife, Carpina: provisión de alimentos para el asilo	1.000.000	India, Gauhati- Umsning: para las necesidades de la misión	1.000.000
Centroamérica, San Salvador: para dispensario médico	1.480.000	India, Gauhati, Shillong: para las Lecturas Católicas	1.000.000
Centroamérica, Nicara-		India, Madrás, Vyasarpady: para los pobres, leprosos y minusválidos	1.500.000
		India, Madrás, D'Castor Road: para los damnificados	1.000.000

EUROPA

Francia, Congo, Braz-
zaville: Centro Juvenil
Abraham, para muebles y
utensilios 1.300.000

Italia: para libros de es-
tudiantado del «Gerini» 447.681

Italia: para preparación
de la residencia interna-
cional para teólogos en el
«Gerini» 75.000.000

Portugal, Cabo Verde:
aportación para la cons-
trucción de una capilla 1.000.000

*Total de cantidades dis-
tribuidas del 15-5-1980 al
3-9-1980* 98.699.681

*Saldo en Caja en la
misma fecha* 6.413
Total liras 98.706.094

c) MOVIMIENTO GENERAL DEL FONDO
DE SOLIDARIDAD FRATERNA

*Cantidades recibidas
hasta el 3-9-1980* 1.022.146.963

*Cantidades distribui-
das hasta la misma fecha* 1.022.140.550

*Saldo en Caja: liras
italianas* 6.413

5.5. Hermanos difuntos

«Mantenemos vivo el recuerdo de todos los hermanos que reposan en la paz de Cristo [...]. Su recuerdo es para nosotros un estímulo para continuar con fidelidad nuestra misión» (Const. 66).

L. Acerni Celestino (AUL), 85 a.	* Specchio (Italia)	29-03-95
	Ivrea (Turín)	17-10-21
	† Melbourne (Australia)	18-07-80
L. Amman Rafael Otto (GEM), 82 a.	* Ettringen (Alemania)	17-05-98
	Ensdorf (Alemania)	29-07-34
	† Kempten (Alemania)	28-06-80
L. Bertolotti Celestino (ILT), 90 a.	* Abbadia Alpina (Italia)	10-11-89
	Borgomanero (Novara)	16-09-28
	† Varazze (Italia)	17-08-80
L. Cucco Domenico (INE), 74 a.	* Verolengo (Italia)	20-07-06
	Borgomanero	8-09-34
	† Borgo San Martino	20-08-80
P. Danek Francisco (PER), 72 a.	* Velehrad (Checoslovaquia)	7-10-08
	Arequipa (Perú)	24-01-29
	Lima	15-08-37
	† Magdalena del Mar (Perú)	7-07-80
P. De la Breteche Pierre (FPA), 74 a.	* Argentan (Francia)	10-02-06
	Binson	13-09-34
	Cambrai	14-05-44
	† Reims	13-06-80
L. Del Curto Vittore (IME), 64 a.	* Piuro (Italia)	2-03-16
	Villa Moglia	24-09-39
	† Locri	23-08-80
P. Delputte Oscar (BEN), 84 a.	* Moorseele (Bélgica)	15-12-95
	Groot Bijgaarden	25-08-32
	Oud-Heverlee	29-06-80
	† Leuven	11-06-80
L. Faber Peter (GEK), 79 a.	* Montenich (Alemania)	15-05-01
	Ensdorf	4-08-35
	† Marienhausen	29-06-80
P. Garnero Vicente (ACO), 78 a.	* Santa Fe (Argentina)	8-08-01
	Bernal	11-01-19
	Turín	10-08-27

	† Córdoba	29-05-80
	<i>Inspector: 8 años</i>	
P. Giacomuzzi Paolo (ISI), 97 a.	* Ziano di Fiemme (Italia)	30-06-83
	Fogizzo	30-09-00
	Fogizzo	21-08-10
	† Riesi	9-07-80
P. Giménez José (ARO), 63 a.	* Rosario (Argentina)	27-01-17
	Vignaud	25-01-36
	Córdoba	25-11-45
	† Luján	22-06-80
P. Gómez José M.^a (ARO), 77 a.	* Pra del Rey (España)	5-06-02
	Bernal (Argentina)	27-01-20
	Buenos Aires	2-02-30
	† Paraná	30-07-79
L. Gorkic Luigi (IVE), 71 a.	* Veroibac (Italia)	25-03-09
	Cumiana	23-09-29
	† Udine	24-07-80
P. Guerra Oscar (ABA), 69 a.	* Buenos Aires	25-04-11
	Bernal	26-01-29
	Córdoba	26-11-39
	† Buenos Aires	24-04-80
P. Inkrata Casimiro (PER), 75 a.	* Miovecias (Lituania)	14-12-04
	Villa Moglia (Italia)	18-09-31
	Santiago (Chile)	30-11-40
	† Lima (Perú)	5-07-80
L. Jurado Manuel (SCO), 83 a.	* Sevilla (España)	28-05-97
	Utrera	24-08-18
	† Ronda	11-03-80
P. Le Louarn Yvon (FPA), 62 a.	* Plouha (Francia)	7-12-17
	Binson	13-09-37
	Pleudihen	1-07-47
	† Coat-an-Doc'h	25-08-80
L. Llabrés Juan (SBA), 75 a.	* Ciudadela (España)	2-02-05
	Sarriá	15-07-26
	† Barcelona	1-07-80
P. Machì Biagio (ISI), 68 a.	* Frazzanò (Italia)	14-05-12
	San Gregorio	9-09-33
	Bollengo	25-06-43
	† Mesina	10-08-80

P. Miano Vincenzo (UPS), 70 a.	* Canicattini (Italia)	28-06-10
	San Gregorio	2-10-26
	Canicattini	5-08-34
	† Roma	28-06-80
P. Panciera Alberto (VEN), 78 a.	* Zoldo Alto (Italia)	10-04-02
	La Vega (Venezuela)	20-11-28
	Turín	5-07-36
	† Valencia (Venezuela)	4-06-80
P. Penz Franz (AUS), 69 a.	* Luimes (Austria)	28-01-11
	Ensdorf (Alemania)	2-08-31
	Viena	10-09-39
	† Hall	9-06-80
	<i>Inspector: 6 años</i>	
P. Puppín Ticiano (MEG), 61 a.	* Schio (Italia)	2-06-19
	Este	21-08-38
	Turín	6-07-47
	† León (México)	21-04-80
L. Ring Alois (GEM), 77 a.	* Sirchenried (Alemania)	21-11-02
	Ensdorf	2-08-31
	† Pfaffendorf	22-06-80
L. Rivas Alfredo (CIL), 88 a.	* Yangai (Chile)	9-01-92
	Santiago	22-02-13
	† Santiago	16-07-80
L. Rivera Antonio (SCO), 68 a.	* Osuna (España)	9-12-11
	S. José del Valle	16-08-44
	† Málaga	9-05-80
P. Rogowski Czeslaw (PLS), 70 a.	* Jeziora Male (Polonia)	22-01-10
	Czervinsk	23-07-32
	Cracovia	24-06-41
	† Cracovia	13-06-80
L. Sobczak Stanislaw (PLE), 68 a.	* Tarnowa (Polonia)	4-04-12
	Czewinsk	1-08-36
	† Lodz	5-07-80
P. Torralba Juan (SCO), 54 a.	* Villa del Río (España)	27-03-26
	San José del Valle	16-08-53
	Córdoba	24-06-60
	† Córdoba	14-06-80
P. Tusek Izidor (JUZ), 66 a.	* Krapina (Yugoslavia)	1-05-14
	Radna	3-09-32

	Liubliana	29-06-41
	† Krapina	6-07-80
P. Vacchini Giovanni (ISU), 58 a.	* Sostegno (Italia)	26-09-21
	Pinerolo	27-03-38
	Turín	4-07-48
	† Turín	25-06-80
L. Villeneuve Daniel (FLY), 85 a.	* Nantes (Francia)	10-09-94
	Château d'Aix	29-03-21
	† Lión	9-10-79
P. Wessel Josef (GEK), 66 a.	* Damme (Alemania)	7-06-14
	Ensdorf	15-08-36
	Benediktbeuern	29-06-51
	† Münster	21-07-80
L. Wnuk Franciszek (PLE), 75 a.	* Lacha (Polonia)	3-02-05
	Czerwinsk	2-08-49
	† Sokolow Podlaski	24-06-80











